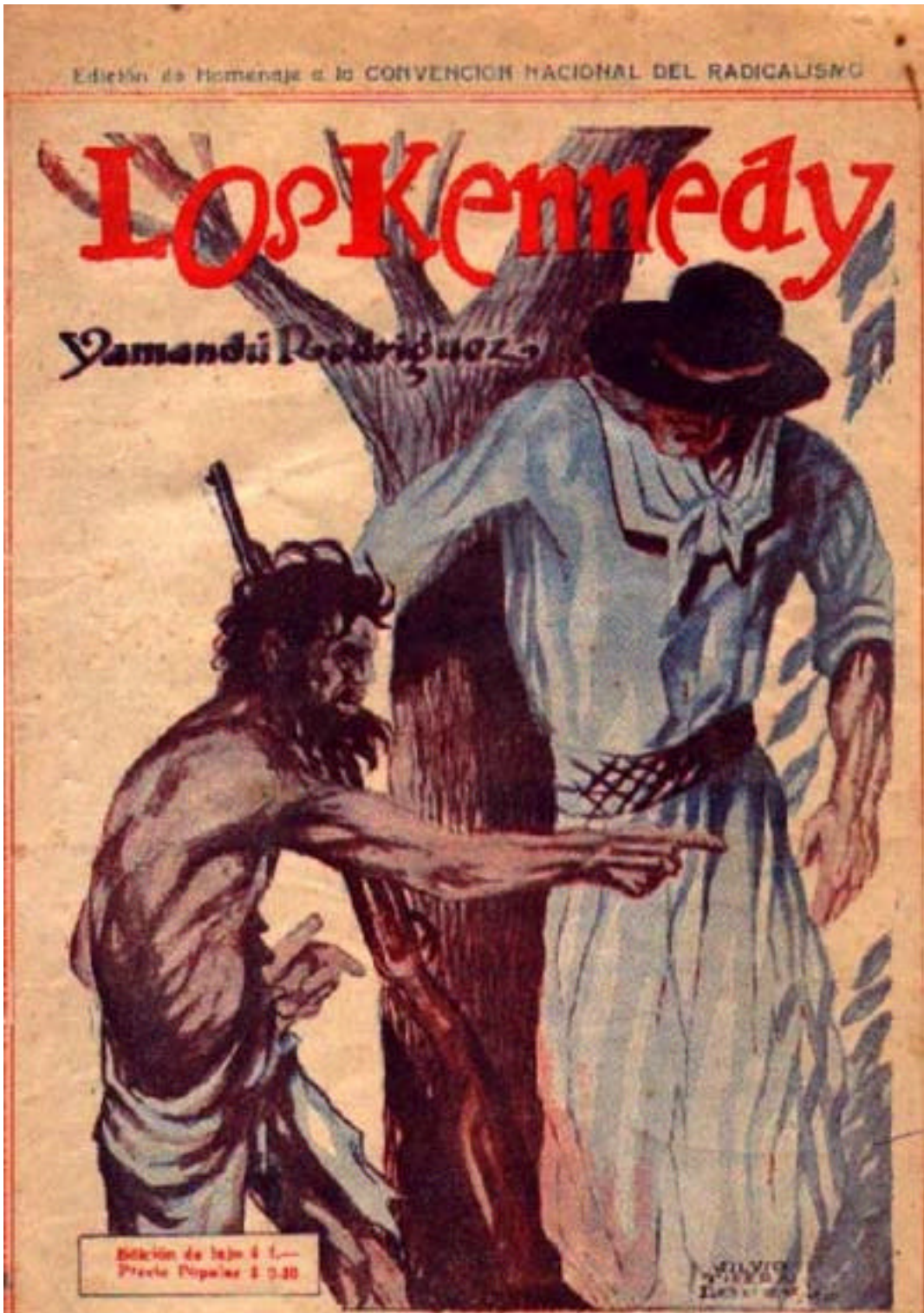


Edición de Homenaje a la CONVENCION NACIONAL DEL RADICALISMO

Los Kennedy

Yamandú Rodríguez



Edición de lujo \$ 1.—
Precio Popular \$ 0.30

LIBROS
TAURO

Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar

LOS KENNEDY

(La gesta radical de La Paz, Entre Ríos)

Yamandú Rodríguez

En este libro refiero la verdad, tal como la oí de labios de los austeros protagonistas. Los admirables episodios de la epopeya ocurrieron como los describo y me limité a transcribir los diálogos. Fuera de la profunda admiración que siento por los Señores Kennedy y por su patria, no he puesto en este libro nada mío.

Son glorias argentinas. Tuve el honor de contarlas. Lo hice a todo entusiasmo en homenaje al gran pueblo de Alberdi, por el bien que le debo y por el respeto cariñoso que me inspiró.

Lamento que las circunstancias, de todos conocidas, nos hayan impedido entregar a la admiración de los argentinos, los nombres y los altos hechos de todos los revolucionarios de "La Paz". Esa misma razón es la que me obliga a silenciar los nombres de las personas que tendieron a los hermanos Kennedy en peligro, su mano amiga, símbolo de la hidalguía, de generosa amistad y de sacrificio.

Yamandú Rodríguez

Diciembre de 1934

Un día Bernaldo de Quirós ve surgir del Paraná a Mario Kennedy y estudia a lápiz, la gracia firme de ese modelo.

Llevan el corazón cómodo en la campana del pecho bronceado a sol. Sus tórax los bate el pampero, cuando le atropellan en sus caballos de "confianza". Esas piernas de acero, se modelan ahogando baguales. Hacen a "bola" y "sobeo" sus bíceps. Levantan la "armada" de sol a sol para "guampiar" en fija, siempre. Incansables, "lujosos", gauchos. Trabajan como peones. Se lucen. Se hacen. Día tras día llegan al límite de sus fuerzas y cuando le alcanzan y van a caer, piensan en el duro abuelo Cárdenas y dan un paso más. Por eso, a boca de noche los Kennedy se gastan todavía: "Piden puerta". El corral les entrega novillos encrespados, con humo en los cuadriles. Dispara el vacuno. Un Kennedy revolea, tira. La "armada" se cierra silbando en las pezuñas. El animal cae de rodillas, pide perdón, hace ovillo y chicotea con el lomo. . .

- Valió trago!

Se recalientan los lazos. Llega la noche. Y los Kennedy se gastan aún.

¿Qué les mueve a prueba tan porfiada?

¿Porqué luchan así contra todo hasta domarlo?

Para adquirir nombradía de camperos. Esos creen ellos y cuantos admiran su criollismo. Hoy sabemos que obedecían al genio de las ciudades y los campos. Que esos tres varones fueron elegidos. Iban a caminar en la tormenta.

- Háganse fuertes como de bronce, - les dijo - ustedes un día, salvarán el honor de la democracia.

Y cuando llegó la hora, los tres hermanos pusieron ese honor en la custodia de sus corazones y lo llevaron a través del fuego y el agua y la muerte; "a pesar de los Dioses". Para eso tenían de hierro las piernas y el brazo y el alma. Con él cruzaron los ríos, en alto el mensaje. A pulso los sostuvieron durante muchas noches hasta llegar a la orilla y aún más allá! . . .

SUS MAESTROS

Eran Niños. – Regresaban de sus colegios de Buenos Aires o Paraná. En el puerto les esperaba el coche de la estancia.

Los tres escolares llegan, se santiguan y zambullen en el flechillal de sus campos. Atrás quedan sus capullos de seda. Salen con alas de ponchos. En el balance de un arisco la tierra reconoce a sus gurises y les prende en los talones dos rodajas de margaritas.

Uno se dirige a la chacra. Unce los bueyes, se pone a ritmo y empieza a trazar surcos: palotes de la cartilla criolla.

Otro escolar ensilla un caballo “maestro” y sale a pechar reses en los “apartes”.

Al mayor, por más aplicado, le espera el premio: un potro. El bruto ya tiene dos indios prendidos de sus orejas como carabanas. Un rueda de criollos emocionados admira al niño de vincha, rebenque y nazarenas.

Entonces, Don Carlos Duval Kennedy dice al retoño:

- Monte. Y cuidado con caerse, no!

Se cierran dos espuelas. Gruñe un arisco. Y allá van. . .entre polvo, alaridos y rebencazos. Si el bagual cae, el niño tiene permiso paterno para caer; pero “parao”.

Así se van haciendo de a caballo los Kennedy.

Después de domar a los baguales, se doman. Consiguen desdoblarse. Se colocan frente a la voluntad. La estudian. Miden fuerzas. Luchan con ella y le dictan su ley. Adquieren estoicismo de caciques. Llegan siempre a donde se proponen. Y se proponen cosas arduas siempre.

Cierta vez Mario Kennedy con solo dos peones preparó quinientas cuerdas de campo y las sembró de lino. Sus ayudantes trabajaban desde el amanecer hasta el tramonto. Disponían de un solo tractor, sin equipo de luz. A la oración. Mario ocupaba el tractor y sólo, a obscuras, con el alivio de la luna a veces y otras sin más candil que el de las estrellas trabajaba sin descanso, sin clemencia, rompiendo con dolor la tierra amada, sintiendo como propia la herida que abría surco a surco . . .

¿Quién les ayuda? Su religión de trabajo.

Pero ¿por qué acomete tales empresas? Lo ignora.

La tenacidad es virtud de todos ellos. El estoicismo también. Cuando sus carnaduras flaquean, el espíritu se las echa a hombros y sigue adelante. Durante la retirada por los montes, Eduardo Kennedy caminó muchas noches así.

EL CENTAURO

Roberto es jinete famoso. Alto, fino, cimbreante, con algo de lanza y un brillo de cuenta india en los ojos oscuros. Tiene estampa de caballero andante. Su fama inspira a los payadores. Al verle jinetejar quedan de boca abierta las guitarras.

Muchas veces se sienta en la maroma del corral, espera la salida de un potro crudo, salta en “pelos” se afirma en las rodajas y tiene que agacharse para no tocar el sol. Solo pide campo y bagual; así luchan el vigor de un potro y el vigor de un Kennedy.

Hay fiesta en el pago. Los justadores hacen prodigios con lazos, boleadoras y nazarenas. El número sensacional está a cargo de Don Roberto Kennedy. Tres peones tienen un “reservao”. Es el caballo de “mandinga”. Bachiller en corcovos. Astuto como indio y violento como un terremoto. Sus mentas de indomable igualan a las del domador. Nadie ha podido con él.

El Centauro va a probar ése “cimarrón”. Se hace silencio.

- “Cuánto bolee la pierna nomás” – dice a los peones – lárquenlo.

No quiere estribar, ni necesita. Cuando él jinetea, los estribos juegan

libremente, chocan sobre la "cruz"; le aplauden.

Ya está "horqueteao". Clavan los dos "abrojos" en las paletas. Crujen los corvejones y empieza el duelo. No hay en los dos, tendón que no tiemble. Los esculpe el esfuerzo. Aquel bellaco tiene al diablo en los ojos enrojecidos, un rezongo de perro en las narices y resortes de felino en las patas. Trata de morder al jinete; fracasa; y se muerde le pecho. Abanica el aire. Ahora es un ovillo. Enseguida levanta la cabeza, llameante: desafía al enemigo. Ve caer el rebenque; esquivo, dispara: si Roberto le toca ene le freno, se vuelca. Cuando Kennedy levante el brazo para castigarle en la paleta, gira, se acuesta, culebrea y el rebencazo castiga los yuyos. Busca y encuentra "desabridos" nuevos. Tira dentelladas a las rodajas, se desangra y no cede.

Desde la cresta de esas marejadas, Kennedy le conversa. Le anima. Le suplica que no se acobarde. Hasta afloja un tanto los muslos para que resuelle. El "reservao" responde hundiendo la cabeza entre las manos duras. Se clava. Parece mascar el campo. Enseguida se tiende a disparar. Torna a convertirse en piedra y rebota . . . rebota . . .

De pronto se yergue, rampante, vertical, va a volcarse. No puede "basurear" pero puede aplastar al jinete. Al ver que la muerte se le echa encima, ese hombre aflojará las piernas. Es el momento: en lugar de caer, el potro salta y con un pantallazo aventa al jinete. Mas Kennedy tiene algo de potro también. Formaba parte del noble del centauro. Prefiere morir, a caer. Además, presume la treta; en vez de aflojar, hunde las espuelas. Sus muslos se cierran. Asfixian al bruto . . . y continúan peleando.

Ahora va horquetado en el costillar. Luego, en las cruces. La bestia ondula, se arrastra, quiere limpiar en los pastos al enemigo. El pantalón blanco de Kennedy está manchado de sangre desde la entre pierna a las rodillas.

Después la tormenta decrece . . . la sierra se hace loma . . .el domador empieza y el "reservao" se acaba. Suda sangre. Tiembla.

Roberto está desilusionado, tenía grandes esperanzas con ese arisco. Hace tiempo que busca ansiosamente un bellaco de ley. Necesita probarse; saber si donde cae muerto de fatiga un bagual aún cae parado como un Kennedy.

No oye los aplausos de los circunstantes. Se apea del "reservao". Lo mira con lástima y pregunta:

- "Quién ha dicho que sos potro?"

De los tres hermanos Kennedy, Roberto es el que tiene aspecto de más criollo: un cacique vigilante, paseando su mirada de águila sobre el Paraná.

Usa chambergos aludos. Lleva el ala de mosquetero sujeta con el alfiler del viento. Tiene en la cintura elasticidad de rama joven. El pulso firme. Sereno el corazón. Y a flor de labio, en todo momento una agudeza criolla.

LOS ALGARROBOS

Nacieron en su vieja estancia "Los Algabrobos", cita en el Distrito "Estacas" del Departamento de La Paz. Es grande y arisco el solar. Tierra entrerriana de rancio abolengo democrático. Allí el derecho amanece con Artigas y llega al meridiano con Urquiza. Cuna de gauchos cantores y altaneros, prontos siempre a saltar a caballo para cruzarse por la dignidad. Honrada gente de campo acostumbrada a vivir mal y morir bien. Borrosas figuras de friso. Muy humildes, muy simples, sin letras casi. Rubrican con el lazo. Crecen en los peligros. Mueren en la jaula, como los churrinches.

El predio familiar ofrece a los Kennedy su mano áspera: montes de quebracho que amacizan arbustos espinosos. Cada rotura tiene un zurcido de liana. Duerme el "montés" en sus horquetas y el crótalo en los lunares de sol. De tanto el tanto el monte se detiene a respirar. La boca. Una abra. En seguida vuelve a cerrarse, tupido,

elástico de enredaderas. Los senderos se arrastran, glisan. Forman nudos, se destrenzan. Pasan en silencio los arroyos. Son ceñudas las picadas A ese "camoatí", los Kennedy entran a sacar caballos salvajes. Allí olfatean al "clinudo" que los ve, salta y huye barriendo el campo con la cola. Le siguen. No es fácil; porque el monte defiende al potro: se cruza el quebracho, saca las uñas el tala, los esteros convertidos en cangrejal, pialan al "montao", mientras el "añapindá" gaturno, araña al jinete. Gana distancia el perseguido; porfia el seguidor. Para ver al salvaje por entre el malezal, es preciso correr inclinado hasta el suelo, seguir desde allí el único rastro: aquella cola abrojuda que barre los yuyos. El caballo a media rienda, salta albardones, cuerpea ramas, pierde pié. No importa. La vida va en un hilo. No importa. Desde allá abajo Kennedy desata las "Tres Marías". Luego, por instinto, adivina el abra que elegirá el "salvaje", cierra piernas, llegan a una y hace el infaltable tiro de boleadora.

EMBALSAOS

Por otro límite del solar corre el Paranacito.

A trechos, la costa aparece sucia de esterales. Allí se oculta el "embalsao", cama de yuyos que el diablo tiende a los incautos. Una costra florecida sobre tumor maduro. Quien pisa el cepo se hunde, forcejea, busca asidero de yerbas sin raíces. Desde allá abajo empiezan a tirar de sus pies. Manos gelatinosas y frías ciñen los tobillos, suben, van envolviéndole en un licor fétido, saliva de boas . . . y se lo traga el barro.

Entre esas ollas sin fondo pasan veredas colgantes. Pestañas de juncos. Filos de tierra que el baqueano conoce y el zorro adivina. Por ellos van los Kennedy a cazar garzas. A sus pies el "embalsao" abre los ojos fríos, de pulpo.

Es la querencia de "mandinga". Todas las noches entran a torearle. Encienden el instinto, afirman el pié y avanzan. Prefieren los días lluviosos, las tardes cerradas de niebla, las noches ciegas.

Algo los manda ir. Y obedecen.

El destino incuba sombras más espesas. Y los Kennedy deberán cruzarlas a pie firme y corazón firme, con el mensaje para la juventud.

BARRANCAS

Después la costa se empina orgullosa. Desde lo alto de sus barrancas mira el Paranacito. Aquí se para en seco. A pique. Baja a beber más allá. En algunos sitios zambulle y sale a respirar en las islas.

En esas barrancas Mario Kennedy enseña a nadar a sus tordillos.

Cómo? Pone una valla junto al filo. En lo más alto de la cortadura. Monta desnudo. A lo indio. Cierra piernas. Una carrera. Un salto. El vacío . . . y desde varios metros de altura caballo y caballero se precipitan sobre el Paraná.

Así adiestró a su tropilla.

Ya puede a cualquier hora, desde cualquier altura, cerrar espuelas y caer bien "montao" en la muerte.

Y EL CAMPO ABIERTO

les ofrece rodadas, novillos guampudos, que ellos voltean a mano limpia, toros melenos para lidiar cojinillo en mano.

Es la fiesta de sus mocedades. La preside Don Carlos Duval Kennedy.

Hoy los proscritos recuerdan la estancia y sonríen melancólicos. Evocan al progenitor y guardan un silencio de homenaje.

- Qué hombre era el viejo! Exclama Eduardo.

Lo describe con su sombrero alto y su levita impecable. Un gentleman. Medido en ademanes. Brillante la palabra que, en sus momentos de emoción, iba adquiriendo gradualmente marcado dejo criollo. Admiraba a su Argentina. Enseñó a sus hijos a quererla como ella merece; por austera y fecunda, por el tranquilo puso de su fuerza; seno del mundo, madre adoptiva de ingenios y desheredados, madrastra de quienes osen faltar a sus leyes.

Marcan hacienda en el corral. Fuera, los "muchachos" toreados terneros ariscos y los pasan de "capote en capote". El señor Duval Kennedy observa a sus cachorros. Pero los fogones empiezan a soltar novillos grandes de afiladas guampas. Los diestros continúan jugando. Ya Don Carlos no sonríe. Intenta oponerse. Caería en contradicción. Calla. Entre los novillos aparecen toros de años, melenudos. Las cornaderas rozan, queman la piel. Vuelan los cojinillos. Andan en el aire vellones, ocurrencias, bravura. Los niños "no aflojan". El fogón tampoco: quema al vacuno, lo embravece y suelta.

Buen rato después, el preceptor de criollismo hace una concesión al padre. Don Carlos grita:

- Sigán "jugando". Al que lo mate un toro, no le voy a mandar ni el "tumbero" para que lo alce. "Se va a podrir (sic) al sol".

Y les vuelve la espalda.

Era toda la ternura que podía gastar en clase aquel maestro tan hombre.

EL DOMADOR DE TOROS

Jineteando toros Eduardo Kennedy no tiene igual. Le place montar animales vigorosos. Fieros, de morrillo borrascoso y lomos como lapacho. Renuncia a toda ventaja. Monta en la "cruz", en la cima del cerro bellaco. En pelos. Sin más amigas que las nazarenas y una rienda pasada bajo el cuello del vacuno. Suelta la palabra de orden:

- "Lárguenlo"

Y empieza el castigo. Cuando el animal es novillo de pocas reservas, al sentir las "cruelas" se alza y rompe balando. Si es valiente, digno del hombre que le ofrece tan noble pelea, arranca derecho, a saltos, cimbra y lucha sin balidos, bufando de carretilla abierto y lengua afuera. Los ollares levantan polvo. Destila babas, el hocico, mientras las pezuñas arrojan tierra sobre el lomo. Busca apedrear al jinete. Las descargas "chiflan" en los oídos. No puede voltear. Entonces intenta sacarle en las guampas. Sacude la cabeza, "derrota". Por último huye, ciego, decidido a pechar y matarse.

El jinete se tira para atrás y cae parado con sus espuelas de riña y la golilla erizada de viento.

- "Otro!" – Grita.

En "Los Algarrobos", cierto día de castración, Eduardo Kennedy y uno de sus hermanos, jinetearon seiscientos toros ariscos.

Es éste mismo Kennedy, gaucho de hierro, quien, producida la revolución del 6 de Setiembre, abandona su familia, sus intereses, su Entre Ríos, marcha a Europa y expone ante la "Liga de los derechos del hombre" el atentado cometido contra el doctor Hipólito Yrigoyen y la Constitución Argentina. Sabe que en el evangelio del ciudadano fue reconocido el derecho de combatir la opresión. Enciende en París la linterna de Diógenes. Busca al hombre capaz de dirigir el radicalismo Entrerriano. Lo encuentra. Predica la acción. Siente que ha pasado la hora de los cabildeos y tibiezas. Su director político ha de abandonar el bufete por esa cuesta áspera con olor a carne y pólvora, que lleva a la reconquista del derecho. Fracasa. El magnate radical se suicida

como político y como argentino. Ambos regresan a la patria. Mas por distintos rumbos. Kennedy con su corazón, toma el de la guerra. El otro con su talento el de las antesalas. Eduardo vuelve a conspirar. Lucha. Sacude a los tibios. Se juega. Contagia su valor. Gasta su fortuna. Sembrando rebeldías recorre I Provincia. Cruza de noche el Uruguay. Entra de día en Buenos Aires. Donde madure un levantamiento, allí está él, en nombre de los tres hermanos. Vive amartillado. Pronto. Firme. Cuando Pomar, el Bayardo del Ejército Argentino, alza la visera, encuentra a Eduardo Kennedy.

En "La Paz" se levanta una tribuna para fustigar al dictador. Es el primer acto de público repudio realizado en la Provincia. Eduardo, el domador de toros, sube a esa barricada y pronuncia un discurso inolvidable.

Y en elegante salón parisino, Eduardo, gaucho orador, gana una medalla como bailarín de tango.

Es el hombre nuevo. El ansiado tipo racial.

Respira bondad. Tiene fácil la sonrisa y el alma fina abierta a la emoción. Es admirable y lo ignora. Entrega a sus hermanos todo el mérito de la empresa. Al advertirlo Roberto Kennedy protesta; Eduardo fue le nervio central. Fue el estoicismo. Fue quien primero subrayó la intención de morir peleando, a la antigua, al uso de Entre Ríos, en ley.

MARIO

Hombre joven, elegante, urbano. Se mueve con cierto abandono muy personal. Parece estar siempre un poco abstraído, lejos . . . Habla reposadamente. Cuando necesita un vocablo expresivo cierra los ojos, le busca, atrapa y su diestra parece entregarlo al interlocutor. Después la mano desmaya y Mario Kennedy continúa hablando, caídos los brazos, vivaz la mirada, grave la expresión.

Administra su vigor. Ahorra como los atletas. Bajo esa calma se adivina el músculo pronto para el salto. Hay en él una fuerza imponente, tranquila, como la de su patria.

Ninguno de los tres conoce el miedo; pero Mario ni siquiera cree que exista. Su vida es un himno de voluntad. Prueba dura y tenaz. Necesita obstáculos. Después, necesita vencerlos. Respira donde los demás se ahogan. Doma bestias y ríos. Hace pié en lo más hondo. Es un hombre. Tiene derecho a la vertical.

Hace algunos años, vestido a la inglesa, llegó a un gran establecimiento ganadero. Pensaba ocupar su mayordomía. El administrador de la estancia ve a ese desconocido enguantado, cortés y encuentra que el "pueblero maturrango" no sirve para el puesto. Allí necesitan "un hombre". Todo un varón capaz de imponer respeto por su carácter y su pericia.

Así lo declara sin ambages.

Al oír esto, cualquier campero salta hacia un caballo; piala el primer novillo. Lo monta en pelo o lo voltea de un manotón o de un balazo. Se muestra. Y después renuncia al puesto.

Pues Mario Kennedy permanece inmutable. Solo pide se pongan a prueba sus condiciones. El otro accede. Es cuanto el entrerriano necesita. Ha decidido permanecer un año allí, haciendo este ejercicio de voluntad: no ponerse un "culero", no probar un arisco, no "guampear" una vez.

Durante meses y meses soporta las decortesías de unos, las burlas de otros, la compasión de todos. A veces su garra atraviesa el guante. Domina el arrebató. No deja su caballo lerdo, su montura inglesa, su fusta, su calma. Realiza menesteres de hortera: cuenta trigo, anota cifras, las ordena en los libros. Ni una vez su aletazo levanta la bandada de papeles. Soporta. Persevera. Quema tenacidad.

Por las noches mira las "Tres Marías", sus boleadores imposibles o toca a Chopin en el piano de la estancia.

Por fin transcurre aquel año de penitencia. Kennedy ha cumplido su voto. Es libre. Dejará la celda. Esa misma mañana ve que el domador del establecimiento se dispone a montar un potro. Parece temer al animal pues le ha "maniao" las orejas.

- "Un buen bagual" – le dice Kennedy, "se jinetea sin más recurso que el de las espuelas".

- "Porqué no lo sube usted" – responde el paisano "ansí apriendo".

- "No hay inconveniente".

Y sobre la palabra el salto y la doma con hambre de rebeldías. Ya Mario tiene el corazón en un somatén de corcovos. Tierra elástica. El vuelo. Sol y viento que se lleven tanta herrumbre. "Transija" al potro. Le trae a cachetadas. Descarga el puño entre las orejas . . . El animal se arrodilla . . . Y Kennedy cae de pié.

Los mirones se palpan. Qué ha ocurrido?

Enseguida Mario sube a su "lerdo" y se aleja para siempre de aquella estancia, con sus guantes, su fusta, su tranquilidad.

LA TORMENTA

En el Paranacito y frente a "Los Algarrobos", se levantan las islas de "Curuzú-Chalí", Cruz del misionero Chalí.

Los hermanos Kennedy y algunos peones están trabajando con ganado en las islas. Cae la tarde. Una gran tormenta amenaza echarse sobre el río.

Deciden ganar la costa en una embarcación. Pierden tiempo. La tempestad se apura y les toma el campo. Ya el Paranacito se levanta, crespó. Soporta las primeras cachetadas. Nunca fue muy paciente y aquellos zamarriones le indignan. Empieza a devolver los golpes. Viento y agua pelean. A poco el río hierve en espuma. Un zarpazo hunde la canoa. Regresan a nado. Hacen pié en la isla. Las turbonadas acuestan los árboles. El espectáculo es formidable. Al paso del viento, el río muestra los dientes. Salta, quedan jirones de espuma. Olas afiladas como dagas se hunden en el aire. Vuelven, retroceden. Ruedan mal heridas.

Las reemplazan otras que avanzan en escalones. Un pulverizador sahuma peligros.

Los Kennedy deciden pernoctar en la isla. Es prudente. Pero Mario no está de acuerdo. Quiere pechar contra esa doble puerta de viento y agua. Abrir camino y alcanzar la muerte o la costa.

- "Dejé mi Ropa en la orilla" – dice a los hermanos – "y voy a recogerla antes que se moje"

Llueve torrencialmente.

A Mario Kennedy se le apagó el pucho y va al infierno, en busca de un tizón.

Zambulle acompañado de su tordillo. Les sigue el perro. Los tres se pierden un instante. Reaparecen blancos de espuma. Bracean. Avanzan. Una ola les detiene. Planta la mano en sus pechos. Se parte. Avanza otra. Da el zarpazo. Es como una serranía que corre y golpea cerro tras cerro. La voluntad se clava. Vibra. Rompe y pasa. Ya han hecho una cuadra. Quedan apenas veinte más. El viento silba en las crestas, las engalla. Llena de polvo líquido los ojos. Aturde. El seno abre sus fauces. Traga al osado. Se cierra. Mario rompe esa mortaja, asoma un brazo, tira del cuerpo; sale para caer y torna a salir. El tordillo cierra contra la base de cada ola. Horada el muro. Alcanza la comba siguiente. Pecha, agujerea y sigue hilvanando marejadas. A su costado, Kennedy ofrece le pecho al mar. El perro, más liviano, juega como pelota de filo en filo.

Entonces la tormenta castiga. Cruza el chicote azul del relámpago. Hay un sordo gruñido de truenos y resacas . . .

Desde la isla, los hermanos sólo ven tres punto que boyan, se pierden; reasoman.

Pasan lerdos los minutos.

La neblina se cierra sobre el río, la angustia sobre los corazones . . . ya no ven más que un solo punto: el perro juguete de la rabia del río.

Mario no reaparece . . .

Esperan . . . Pasan varios minutos . . . vuelven a ver al perro. Nada más.

Eduardo Kennedy mira con odio al río. El Paranacito se ha portado mal con ellos. Eran sus amigos, sus alumnos, y el viejo gruñón se ha tragado a Mario.

Roberto cruza los brazos. Sus ojos se llenan de lágrimas.

-“No sufra Don Roberto” – le dice le indio Jerónimo, criado de la estancia – “un río y una tormenta son poco para el niño Mario”.

Apenas calma, ponen rumbo a tierra. Es de noche. Hay un silencio horrible. Ya nada esperan . . . Tocan la orilla. . . Allí está Mario Kennedy de pie. El tordillo frota la felpa del hocico en una mano del patrón. Y el perro, sentado frente a ellos, mueve la cola alegremente.

CON EL OÍDO EN LA TIERRA

Estaban en una feria ganadera efectuando ventas de toros, cuando recibieron noticias del atentado cometido el 6 de Septiembre contra la Constitución Argentina.

Desde ese momento los hermanos Kennedy viven para combatir al dictador. Se ahogan. Sufren una opresión constante, obsesionante, casi material. Sienten el taco de Uriburu sobre sus pechos. Es algo que aprieta realmente sus corazones y limita el pensamiento y llaga el espíritu.

Abandonan sus operaciones comerciales. Vuelven al hogar. Creían hallar alivio en él; no es así. Salen al campo; se ponen de cara al monte y al río: la asfixia continúa. Ya no tendrán fiestas, ni trabajo, ni descanso. Para ellos sólo queda una actividad posible: salvar la democracia Argentina.

No conciben cómo otros compatriotas pueden seguir en el camino cotidiano, soportar la adusta mirada de los viejos y las inquietantes preguntas de los niños. La Nación corre grave peligro. Es el honor de todos el enfermo.

Eduardo Kennedy era irigoyenista militante. Mario y Roberto radicales anti-personalistas. Se unen. Ya no son partidarios: son argentinos.

Pegan el oído en tierra. A lo indio. Y esperan el primer toque de clarín . . . Suenan en Goya. Hacia allá se encaminan en el mes de septiembre. La conspiración aborta.

Los Kennedy siguen alertas. Dos meses después oyen otro toque de rebato; llega en el viento del Sur. Corren a Buenos Aires. Tampoco esta vez entran en acción.

Retornan a su centinela.

Cruzan el Uruguay. Conferencian en el Salto con Ábalos, Pomar y Toranzo. Ya tienen un grito de batalla y una fecha. Pero reciben contraorden. Es preciso postergar el levantamiento.

Esperan. Confían en los Jefes. Más tarde Eduardo Kennedy cruza de nuevo el Uruguay. Y el dos de Enero regresa a “La Paz”. Vibra de entusiasmo; la provincia está sobre las armas. Es un “camuatí”. En veinte pueblos, centenares de argentinos esperan la voz de ataque. El día tres a las tres de la mañana, desde los campanarios alertas, los bronces soltarán el pampero.

Toca a los hermanos Kennedy el honor de sublevar "La Paz". Deben apoderarse de la Jefatura, ganar la población y pedir órdenes a Concordia, asiento del alto comando revolucionario.

Mario y Eduardo Kennedy, solteros, hacen testamento.

La noche del tres, noche buena para la democracia, los Kennedy reúnen la columna de ataque. Son catorce hombres. Tienen armas cortas y brazos largos.

Aún quedan detalles que madurar. Deliberan. Algunos confían sorprender a los enemigos. Uno de los revolucionarios propone entretener al centinela de la Jefatura para dar tiempo a que el grupo desemboque, le rodee, e impida pasar la alarma.

Los Kennedy saben que el enemigo está alerta. Mejor! Se ha conversado tanto! Se ha hecho tan poco! Es urgente llegar al heroísmo por el camino más recto.

-“Yo me encargo del centinela”- dice Roberto Kennedy – “Y no se hable más”

Es suficiente garantía. Callan. Los tres hermanos pasan al frente. Las cabezas se inclinan sobre un reloj.

Son las tres.

-“Vamos!”

Y el puñado de patriotas se pone en marcha.

EL ATAQUE

La jefatura, estaba defendida por veinte y cinco hombres, distribuidos en tres guardias. La primera: el centinela. La segunda, formada por el Comisario y un agente. Y la tercera, custodia de la cárcel, fuerte de veintidós gendarmes.

Tropa escogida, veterana y sobre aviso. Los Kennedy y sus compañeros avanzan en apretado grupo.

-“Arriba las manos” – gritan - “Ha estallado la revolución”. Hace fuego tres veces sobre el grupo que adelanta a la carrera. Y salta hacia el portal, cubriéndose con sus disparos. Segundos después cae muerto. Roberto Kennedy ha cumplido su promesa. Además Mario alcanzó a ese enemigo con dos plomos de su revólver. Hacen pié en la “boca del horno”. Ya están dentro de la plaza enemiga.

LA SEGUNDA GUARDIA

Avanzan cinco héroes: Roberto, Mario, Eduardo Kennedy, Molinari y Franco. El resto de los revolucionarios permanecen en la puerta cubriendo la retirada.

Al ver al comisario de servicio, Roberto le intima a la rendición. Desde su bufete el policía responde con varios disparos. Kennedy hace fuego entonces. Hiere. Es éste un bello encuentro personal, bala por bala. Pero se aproxima un gendarme. Y entra en pelea. Ambos apuntan al brioso Roberto.

-“Mátalo, Mario” – dice encarándose con el gendarme.

Suenan dos detonaciones. Mario derriba al comisario de un balazo en la frente, Roberto hiere al soldado en las manos y le hace caer el máuser. Así a plomo y bravura toman la segunda guardia.

“ENTRÉGUENSE, PORQUE EL QUE TIRE MUERE”

Con este grito los atacantes se lanzan sobre el grueso del enemigo.

Roberto y Mario Kennedy toman hacia la izquierda. Eduardo Kennedy, Molinari y Franco adelantan por la derecha. Así desembocan en un pasillo.

Crece el fuego de fusilería. Parece respirarles en la cara un vaho de muerte.

Los cinco pelean a pié firme, en descubierto a toda talla, frente a veintidós gendarmes parapetados. Se calientan los revólveres. Las armas de precisión envuelven

al grupo en un zumbido constante. Se cuele el viento en aquel corredor del infierno. Hieren los muros. Arrojan una lluvia de argamasa y ladrillo picado que castiga los rostros y hace espeso el aire.

Caen dos gendarmes.

Al sentirse herido el "imaginaria" de los calabozos abandona la pelea.

En ese momento se apagan las luces. Continúa a oscuras el combate. Ahora los Kennedy hacen puntería en el fogonazo de los fusiles. En el arco del fondo aparece un gendarme. Es valiente: el alma de la resistencia. Es preciso apagar esa vida para el bien de muchos. Molinari le enfoca con una linterna. A esa luz, Mario Kennedy hace fuego y mata.

Su caída señala el final del combate. Los gendarmes del fondo, huyen. Los del flanco, que tiraban al amparo de las recovas, arrojan las armas, se rinden.

La Jefatura de "La Paz" está en poder de la revolución. Entonces un gendarme se adelanta con la mano herida en lo alto. Roberto Kennedy enfunda su revólver y en aquel pasillo, lleno de pólvora, abraza al soldado.

- "Pobre indio" – le dice – "qué herida tan fea tenés! Y sos valiente! Debías ser de los nuestros". . .

Y Mario Kennedy exclama:

- "Qué ocurrencia resistir tan bravamente para defender la tiranía!"

El herido responde:

- "La culpa es del comisario de guardia por haber hecho esto conociéndolos a ustedes".

Sobre el campo quedan cinco muertos y tres heridos. Se manda a buscar un médico inmediatamente.

Los prisioneros son puestos en libertad. Las manos que empuñaron las armas con tanta fiereza se abren para acariciar a los heridos. Palabras de justicia recíproca, recuerdan los usos de la caballería andante.

He referido esta acción al desnudo, con toda su casta y sencilla grandeza. Mi estilo es breve y entrecortado, como la respiración del mensajero que acaba de llegar con la nueva de una victoria.

Cinco contra veinticinco. Revólveres frente a máusers. El asalto en la noche. El pecho, contra el muro de piedra. La entrada con los goznes enrojecidos; llameantes. Abren plaza. Pechan. Porfían con el viento. Pueden más: entran.

En vano se cierran los caminos. De todas partes le sueltan avispas, tenaces, de tormenta. A cada paso la empresa se hace más noble, más difícil, más como los Kennedy ansían.

Vencen a uno y arremeten contra dos, caen esos dos y se lanzan contra veinte. Están en un noble ejercicio de armas. Serenos. Tranquilos. Las facultades en el máximun de calma. No pierden ni un segundo ni un disparo; asoma el blanco. Apuntan. El enemigo cae, a otro. Es algo matemático, maravilloso.

Victoria de estos domadores de sus leones. Hombres de paz. Cabañeros improvisados héroes. Están en aquel corredor hirviente, haciendo "centros" en actitud reglamentaria. Inmóviles. Sin alardes. En silencio de duelistas, por el honor de la nación.

Sienten que en el otro campo hay un caudillo. Le olfatean. En ese gendarme hacen estribo los demás. Esperan que asome. Lluve hierro. Por fin el enemigo se muestra. Lo ven borroso en el humo. No hay luz. Molinari hace jugar su linterna. Mario Kennedy apunta entonces y el hombre rueda muerto. Puede llevarse más lejos la serenidad?

Los hermanos Kennedy y sus dos compañero han salido ilesos. Es milagroso y es justo.

TIRADORES ADMIRABLES

Su maestría en el manejo de las armas es proverbial.

Cuando "Los Algarrobos" de fiesta, reciben la visita del Contraalmirante Hermelo y su Estado Mayor, los Kennedy empuñan los revólveres y maravillan a sus huéspedes. Eduardo parte cerillas a balazos. Roberto sostiene en la mano una caja de fósforos que Mario hace volar tiro a tiro. Después, desde veinte pasos, Roberto dispara y su hermano menor soporta el fuego.

Más de una vez representan a Entre Ríos en los grandes torneos nacionales.

Tienen ojo de águila y pulso de piedra. Primero cazan al yacaré en las lagunas inmóviles. Descuelgan el halcón quieto en la altura. Tronchan aquella flor de la barranca. El plomo es la continuación de su índice.

Después improvisan. Hacen la mano. Tiran sin perder segundo, desde cualquier posición, de día o de noche guiador por el relámpago de unas pupilas o el débil ruido de las armas. Así detienen el pájaro en el vuelo y al tigre en el salto.

El que ataca a los Kennedy, es hombre muerto. Está escrito.

Viven en una de las provincias más bravías del país. Han tenido que chocar muchas veces con entrerrianos altaneros. Fueron atacados cuchillo y poncho al frente, y los Kennedy, agredidos en defensa propia, con derecho, jamás hicieron fuego contra nadie. Cuando fue preciso, desarmaron al agresor, usando la buena fuerza que Dios puso en sus zarpas. Y nada más.

Están limpios de sangre.

El ataque a la Jefatura de "La Paz" fue su bautismo de fuego. Ya hemos visto la tranquilidad de esos varones. Cazan en un día de viento. La muerte agita las cañas que esa noche tienen penachos rojos. Después se les echa encima. Salta. Hace temblar el suelo. Araña los muros. Se rompe los colmillos en las piedras. Los Kennedy calmosos, apuntan a las lenguas de fuego. Quedan mudos los máusers. Siguen cazando el yacaré en las lagunas inmóviles.

No temieron morir en las astas de un toro o en la ventosa de un remolino. Desafiaron esa noche tan oscura! Y el "boyero" anuncia la llegada del amanecer nacional.

PRIMERAS DISPOSICIONES

El Comando revolucionario, que forman los tres Kennedy, resuelve que Don Pedro Otaño se entreviste con el Jefe de Policía y le de el domicilio por cárcel.

Destaca guardias para custodiar los bancos.

Recomienda, bajo penas severísimas, prudencia y respeto para toda la población.

Requisita las armas.

Interviene Correos, Telégrafos y Teléfonos.

Imprime un bando y una proclama.

Entonces, tomadas las medidas que aconseja el patriotismo, Eduardo Kennedy establece comunicación con Concordia. Debe pedir instrucciones al Comando General. El entrerriano vibra. No puede con sus alas. Necesita comunicar el triunfo. El pantallazo de plomo se llevó la obsesión. La muerte ha pasado cerca, que renacieron. Son niños. Sus caballos apuntan al Sur y piden rienda.

Y reciben el primer golpe; Concordia está tranquila.

Enseguida interceptan despachos de Goya y Curuzú-Cuatiá. Estas Jefaturas militares alarmadas, piden refuerzos.

En todos los puntos, excepto "La Paz" el intento revolucionario ha fracasado.

Los Kennedy y sus compañeros de heroísmo están solos. Hoguera en medio del campo dormido. Los montes se desperezan y les aguardan. Un mar aceite de aceite rodea sus voluntades afiladas como proas. Las alas caen, se pegan en el orden. Pesan. Ahora son catorce entrerrianos locos que una noche serena salieron a redimir la patria.

Están fuera de la ley. También la nación está fuera de la ley.

Quedan en buena compañía.

Permanecen enteros. Sufren en la sangre y en la idea, en la raíz patricia y en la floración democrática; por el rudo esfuerzo quemado, por la esperanza que se rompe entre las manos alucinadas y porque saben que los pueblos se acostumbran a renunciar a sus derechos.

Están perdidos; pero no se arrepienten. Volverían a empezar. Caiga sobre ese grupo de hombres honrados el baldón de la dictadura. Infámeles la prensa complaciente. Resulten gauchos asesinos, bandoleros. No importa. Por la patria y su honor volverán a empezar.

UN DIÁLOGO

Así les toma un llamado telefónico del Gobernador de Entre Ríos. Atiende Mario Kennedy.

- "Han hecho una enormidad" – dice el Sr. Etchevehere.
- "Hemos cumplido con nuestro deber" – responde el revolucionario.
- "Están solos. Han sido engañados miserablemente"
- "Si lo estamos" – replica Kennedy – "será porque los demás no han podido accionar y no porque nos hayan traicionado".
- "En este momento mando doscientos hombres para que los tomen"
- "Será si pueden"
- "Depongan las armas. Eviten el derramamiento inútil de sangre; porque los van a matar".
- "Nosotros no atendemos otras indicaciones que las de nuestro comando. Obedecemos a un plan general. No obramos por nuestra cuenta".

Y cuelga el tubo.

Hablan como vencedores. Saben que están perdidos. Tenían pólvora en las alas del poncho; polvo dorado. La adversidad los toca brutalmente y ya no pueden volar hacia el Sur. Mas no por eso han de aceptar las sugerencias del enemigo.

Vuelven a pedir noticias a Concordia.

CORROBORAN EL FRACASO DE LA REVOLUCIÓN

Y deciden retirarse a los montes.

Van como el puma herido a morir en la selva. – No piden ni esperan cuartel. La revolución abortó y la dictadura amenaza hacerse endémica. Todavía queda un ejército rebelde: la Juventud Argentina. Hay que despertarla:

¿Puede haber toque de atención más vibrante que el combate de tres contra doscientos?

Para eso quieren luchar, Roberto, Eduardo y Mario Kennedy. Pueden morir allí. Pero no del todo; sus sombras, montadas en fletes "brujos", se pondrán al frente de la juventud.

No quieren sacrificar a los hermanos del heroísmo. Dejan en la población a sus adictos. En caso necesario, estos pueden declarar que los Kennedy les forzaron a plegarse al levantamiento.

Y con el fusil en el puño firme, los pies en la senda amiga y el alma en las nubes se encaminan al quebrachal.

Son seis; los tres Jefes, Molinari, Bosch y Papaleo.

Detrás queda "La Paz" asombrada.

Ha visto en la alta noche saltar un tropel de pumas, probar la garra y retirarse silenciosos. De los muertos y de los pusilánimes, brota un frío que recoge el viento; achucha los trebolares entrerrianos, cruza el Paraná aguas abajo, llega a Buenos Aires, agita los cortinados rojos del despacho presidencial y hace tintinear los espolines del dictador.

CONSEJO EN EL BOSQUE

Los evoco sentados a la sombra: graves la fisonomías, sobria la palabra. Caciques.

Resuelven separarse. Los amigos deben pedir asilo en tierra extraña; los Kennedy en Curuzú-Cuatiá o en la gloria. Aquellos se oponen. Mas los hermanos insisten. En todo caso, con tres que se siembren basta.

Papaleo se niega a marchar. Proporcionan caballos a Molinari y Bosch. Estos los abrazan rudamente, toman rumbo y se alejan.

¿Porqué no se fueron todos? Tienen caballada flor. Pero saben que le telégrafo mancó los fletes criollos de "pique" como balazo y "aliento fiel". Seis jinetes a media rienda, dejan trillo y conversaciones. Si huyen a campo traviesa abren bocas en los cercos y denuncian el rumbo; se adelanta un cable, el enemigo les cierra el paso. Caen.

Donde seis quedan, dos pasan. Los hechos confirmaron esta presunción.

Tienen cerca un regazo; las islas. El río les promete borrar sus huellas. El esteral, cazador furtivo, armó ya los cepos de "embalsaos". Aquel monte les ofrece su ala tibia y discreta.

No se mueven sin embargo. Tratan de adquirir una impresión general del movimiento de las fuerzas enemigas. Tienen ganas de morir. Seres queridos llegan inquietos con noticias que no alarman a los Kennedy: se reúnen las policías de campaña . . .

Esperan todo el día cuatro.

- "Ha llegado el Cuerpo de Bomberos de Paraná" – dicen los informantes.

Sacuden los hombros. Fuman . . .

Pasa el cinco de Enero. Aguardan a un isleño. . .

Ya hay tropas de línea en "La Paz"

Hermoso!

Barcos de guerra surcan el Paranacito.

Hora tras hora se va cerrando la "armada"

Y al despuntar la aurora del seis, los Kennedy y sus compañeros se encuentran rodeados.

EL QUEBRACHAL

Un quebrachal entrerriano; quebracho blanco. Árboles altos con bases de talas petisos y foscas. Algunos enfermos por el tumor de un nido. Otros cabezones, de melena borrascosa. Parecen grullas crespas durmiendo sobre una pata. Grandes y pequeños están lados en gresca de espinas. En los ramajes tienden sus mantas las enredaderas. Serpientes de "icipó" y de "garabato" se deslizan, suben por los troncos y meten la cabeza en los nidos para robar "huevitos" de "espineros".

De trecho en trecho , algunos "guaraninaes" arrogantes, horadan el poncho y asoman en lo alto las copas musicales.

Allí están los cuatro revolucionarios. A mil metros de la estancia paterna. Van a luchar en la proporción de cien contra uno, en el pago viejo, donde todo acaricia y donde todo "apotra". A la vista de las mujeres, vasos de su raza. Cerca de Ofelia, de Laura y de Consuelo, que los lloran como hermanos y los admiran como argentinos. A la legua y media del quebrachal están, la esposa de Roberto Kennedy y sus tres hijitos.

Mario ha subido a un "guaraniná". Desde allí trata de responder a una pregunta de Eduardo acerca de la situación exacta del río y el casco de "Los Algarrobos".

Sus hermanos y Papaleo, descansan acostados sobre la hojarasca.

Hablan poco y quedo. Sólo rompe el secreto la tosecilla pertinaz de Eduardo Kennedy.

- "Ché, Papaleo" – dice Roberto en broma – "Mirá, no vayan a venir milicos por ahí".

El compañero se sienta, mira y exclama:

- "Ahí está uno!"

Así los abanica la primer descarga.

PELEA DEL QUEBRACHAL

Es indudable que el carraspeo de Eduardo Kennedy fue la guía del enemigo. A media luz del alba en el monte, los gendarmes avanzan recogiendo ese hilo de tos . . . Gatean . . . tocan el borde del alba . . . se tienden en guerrilla.

Forman una hoz. Vienen por el desquite. A segar. Son muchos. Elegidos. Desde sus parapetos de maleza hacen fuego graneado. Los proyectiles llegan por tres punto, se concentran en el "guaraniná" y hace caer sobre los revolucionarios una garúa de hojas.

Cada tirador acciona tendido boca abajo. Semiempotrado en tierra. Ha ojalado con el fusil el malezal. Sólo se ven caños de acero, Veinte crócalos furiosos que asoman y asoman sus lenguas de llama. Desde treinta metros, fusilan el "batallón" de los cuatro. Papaleo responde el primero. No da en el blanco. Al advertirlo, el jefe de los atacantes lanza un alarido de triunfo al que sigue redonda frase cambrioniana:

- "Ya c . . . i "

Qué tembló el brazo de un Kennedy?

No. Ahora Eduardo y Roberto se levantan a recoger el guante clavado a plomo en el "guaraniná".

Ya están de pié, Winchester en mano. Cada uno escoge su enemigo. Buscan entre las ramas sus cabezas. Hacen fuego, caen dos gendarmes.

Es la respuesta.

Mario Kennedy se tira del observatorio. Elástico. Empuña en el aire su arma. Entra en acción. Quedan firmes los tres. Son tres árboles. Y son tres leñadores. Pelean a campo abierto, a corazón limpio. Eran grandes y crecen más en la tormenta. Entre el humo y el acoso, empujados a bala, blanco impávido de veinte fusiles jadeantes, continúan administrando energía. Emplean la justa. Se mueven lo necesario. Ni un ademán excesivo. Ni una palabra de más. Ni un disparo inútil.

Ponen para morir, la misma dignidad con que vivieron. No combaten al dictador, sino a la dictadura. Hunden sus balas en las frentes de los enemigos como semillas en la tierra. Lobos convertidos en cazadores, habituados a "centrear" a rumbo, no pierden el tiempo; descubren, abocan, disparan. Una cabeza cae de bruces sobre el paso. Buscan otra. Agujerean la frente. Duerme. Buscan otra más.

En el otro campo sueltan plomos y gritos. Los Kennedy responden con su puntería. Con su altivez. Con su formidable decisión de vencer.

Es imposible! Son muchos gendarmes, hombres probados, de pelo en pecho, duros. Tiran por debajo del poncho de liana. Abrieron boca para el máuser y por allí respiran agitados, de prisa, impacientes por acabar con esos tres varones invulnerables. Sus alientos caldean el monte. Entre el chisperío afiebrado de los fusiles, se oyen pausados los puntos finales que clavan los winchesters.

Para cada revolucionario hay siete gendarmes. Pero éstos tiran a cubierto. Por no perder las ventajas de su posición disminuyen la justeza de sus disparos. Atacan a la defensiva.

En cambio los Kennedy no tienen nada que cuidar. Están bien ocultos tras su armadura de carne. Disponen de todo su poder combativo. Y lo gastan.

Se oye una voz de mando:

- "Avancen!"

Estréchase la fila en el flanco derecho. Algunos gendarmes continúan a cuerpo tierra. Hay dos hombre de pié, uno disimulado por los arbustos: el Jefe.

Otro en descubierto: el Sargento. Roberto y Mario Kennedy le apuntan.

ROBERTO ESPERA

Es rudo el trance. Asfixia el humo. Allí la prisa resulta lenta. Anda bien montada la muerte. Para ganarle, es preciso apurar el fuego, sacarse de encima la manada de cimarrones colmilludos, no perder segundo.

Pues en esos instantes angustiosos, Roberto Kennedy tiene calma para advertir que su Winchester y el de Mario amenazan al mismo enemigo.

Para que gastar dos proyectiles cuando uno solo basta? Mario tira tan bien!; Roberto levanta el arma. Espera el disparo del hermano. Entonces Mario hace fuego; el sargento recibe el plomo en la frente y cae fulminado.

Por las rendijas de la espesura asoman tres cabezas. Los Kennedy hacen tres disparos. Caen tres contrarios más.

Soportan un diluvio de hierro.

El viento se cuele en el abra como un remolino y envuelve a los tres hombrones. Gime el "guaraniná" herido; algunas balas le pellizcan, aúllan, siguen; otras se hunden en la corteza. Hoy tiene campanillas el quebrachal. El aire está lleno de lechuzas invisibles, que picotean las ramas, surcan el piso caliente, deshilachan el humo y se hacen llorar rocío a las enredaderas.

Ahora Eduardo y Roberto Kennedy descubren a un gendarme que combate rodilla en tierra. Ambos le apuntan al pecho. Caen los gatillos. El hombre rueda sobre los tuyos. Tiene dos balas en el corazón.

Llevan varios segundos de pelea. Los sitiadores han hecho cien disparos. Los Kennedy, siete. Con ellos voltearon seis gendarmes. Excepto el enemigo que recibió dos proyectiles en el pecho, todos fueron heridos en la frente. El batallón de los cuatro sigue ileso. Continúa bajo la salvaguardia de Dios.

El caudillo atacante ve diezmar sus fuerzas. Seleccionó más de veinte criollos capaces de pechar tigres. Los quería "crudos", indios de bien probado temple. Entre Ríos se los dio a la medida. Allí lo difícil es encontrar cobardes. "Gatiando" fue con ellos hasta la boca del horno. Allí a cubierto los apostó. Son carne de cimarrón. Cuando están heridos lamen sus desgarraduras o las zurcen con tientos. Entran en pelea por disciplina y continúan combatiendo por placer. Hacen cuestión personal. Apartan al milico para dar paso al gaucho valeroso. Solo se apagan si les dan en la frente o en el corazón.

Hay siete dormidos para siempre. La crucera les picó entre los ojos.

En el claro los tres Kennedy continúan de pié.

Qué hilos les sostienen?

Es al "ñudo" cribarlos a hierro?

Si mueren no aparecerán a la primera tormenta?

Acaso esto se pregunta el Jefe enemigo, cuando Mario Kennedy hace fuego sobre un "clase". El plomo roza el fusil. Por dicha causa hiere al hombre, en la frente, más no de punta; de través. Ese golpe brutal destapa el cráneo. Vuelan los sesos. – Y un trozo de masa encefálica da en el pecho del Jefe. Es la mano temblorosa. Llama en su corazón. El mensajero mudo parece pedir que termine el sacrificio. A esos pobres criollos que tienen el instinto de la libertad y un confuso pero arraigado amor a la democracia, es criminal hacerles caer en defensa de la dictadura, los millonarios y los pergamino. Les están robando el único minuto en que son grandes: el de la muerte.

Y el caudillo no puede más.

- "Abandonen" – ordena.

Huyen Alocados, hundiéndose en las espinas. Abren calle por el malezal, donde siembran armas, sombreros, jirones de ropas.

Dejan siete cadáveres sobre el campo.

Apenas cesa el fuego los revolucionarios levantan los winchesters.

Poco a poco se aclara el aire.

La nube de humo sube por el cañón del abra.

Vuelve el silencio y se echa. Los Kennedy, graves y mansos, recuestan sus armas en el tronco del "guaraniná" y se sientan al pie.

LA PESADA CANOA

Después las águilas se desperezan y dan el primer aletazo contra los barrotes. Buscan la salida.

Presumen que el dictador está ofendido personalmente con ellos. Esos tres "gauchos alzaos", tiraron de la sábana. Pusieron en peligro la majestad del duende. No deben esperar cuartel.

Y no lo esperan.

Primero inspeccionan la parte Norte del quebrachal. Por allí, en orden disperso y tendidos en línea, descubren gran cantidad de enemigos: no hay paso.

Entonces deciden abrir camino por el Oeste, atraviesan el río . . .

En fila india, cargados de vituallas, municiones y armas, llegan a la costa. Avistan una embarcación, pero está amarrada en la margen opuesta del riacho. Mario Kennedy cruza a nado.

Poco después los cuatro saltan a la canoa. Empiezan a bogar sin prisa. A ritmo con sus corazones. Alcanzan el Paranacito. Surcan ya su corriente. Detrás quedan centenares de enemigos. El monte les tapó los ojos para que los Kennedy se fueran.

Después el río criollo, servicial, trae una cuarta. Todos arriman el hombro. Trabajan callados. Ya navegan firme.

Nadie los ha descubierto. Se van! Y de pronto, la vieja canoa empieza a hundirse. Pesa. Embarca agua. Es imposible alcanzar la otra margen. Tampoco pueden tirarse a nado con el parque; ni abandonarlo. Tienen que volver a la jaula.

Viran. Hasta ese instante las cosas habían sido revolucionarias, amigas. Y es un leño crecido en la selva entrerriana, un bote del pago, quien primero traiciona a los Kennedy! . . .

Embican, saltan a tierra y se agazapan entre el juncal; en la boca del río acaba de aparecer un "aviso" de la Armada. El sol relampaguea en los cañones.

Si la canoa no "siente" ese peligro y se niega a seguir adelante, los cuatro van directa, matemáticamente, a embestir al cañonero.

Sonríen.

Amarran entre los junco a esa gaucha vieja, ventruda como una madre y se abrigan en el quebrachal.

EL SOLITARIO

Los cañones cierran el río.

Centenares de bayonetas aislan el quebrachal. Es el cordón sanitario tendido por la dictadura para evitar que se propague la altivez.

Solo queda libre la costa, franja ceñuda de pajonales.

Ahora los Kennedy intentan el paso por allí. Gatean en los sitios calvos, aran el lodo, desfilan abriendo a pecho las hilachas del juncal. Mil metros recorren sin ser sentidos. Salen en la primer abra.

Y allí les espera un sujeto haraposo; el solitario. Le han visto siempre a distancia, porque anida en lo más cerrado del malezal. Huye del hombre. Con nadie habla. A nadie quiere. Vive tapiado en su melancolía, en su indiferencia, en su mutismo.

Por qué esta mañana permanece el claro?

Quien le ordenó esperarse a esos cuatro hombres que se acercan sigilosos?

Mario Kennedy sabe que el misántropo no responderá y es casi seguro huya; eso no obstante le pregunta:

- "No has andado hacia el Norte?"

Es sorprendente; ni huye, ni calla.

- "De ese lado vengo" – dice.

- "Qué has visto por allí"?

- "Hay muchas fuerzas tendidas a lo largo del monte. Han desembarcado y dicen que los vienen a buscar a ustedes".

El roto emisario ha cumplido la orden que recibió del genio. Vuelve a su estado salvaje y se borra en la espesura.

Los Kennedy ya saben que el Norte está cerrado también.

Y en fila india, rehacen el camino de la costa.

YO NO ME RINDO

No pueden irse por tierra, ni por agua.

Ya solo tienen la puerta azul del aire . . . Si el "Cerro de la Gloria" les mandara algún cóndor . . .

Ocupan una posición estratégica y esperan la llegada del enemigo. Disponen de quinientos proyectiles. Van a combatir mientras quede un cartucho y después, una culata por astillar y luego a zarpazas.

No pronuncian palabra. Ni estrechan las manos. Ni se miran. El seis de septiembre de prometieron una buena muerte. Ella está por llegar. Eso es todo. Son viejos amigos. De su mano huesuda pasearon por crestas que hervían, sobre puentes colgantes entre dos audacias o enredados en el ovillo de un potro. Jugaban entonces. Hoy, hombres serios, la esperan dignamente. Pisan buen terreno. Hay troncos cerca donde hacer espalda, para "caer paraos". Es bella la mañana. Tranquila como sus conciencias. Caliente.

Fruto maduro de un noble árbol argentino. Los Kennedy darán su semilla a los pájaros para que la lleven por todo el país. Como son muchos los enemigos, está asegurada la siembra.

Pero Papaleo se ha cansado. Cree inútil luchar contra un ejército. . .

Insinúa la conveniencia de entregarse.

En mala hora habló. Eduardo Kennedy salta:

- "yo no me rindo".

Sus hermanos le tranquilizaban:

- "Pero claro! Quién piensa en entregarse?"

Y Roberto Kennedy el de perfil afilado y pupilas húmedas, echa a broma el asunto. Es oportuno un chiste. Ya habrá tiempo para ponerse graves cuando la Situación se torne difícil. Por ahora tienen cuatrocientos enemigos apenas, y alguno cañones; más están a dos cuadras todavía; aún disponen de un pedazo de cielo tranquilo y unas varas de tierra natal . . .

- "Está bien" dice - "pero si quieren que pelee, tráiganme agua". Rien. El Paranacito corre a cien metros. Tropas de marina y lanchones artillados erizan la costa. He ahí el "pequeño" inconveniente.

Además la muerte va a llegar pronto con el cántaro.

Papaleo continúa sombrío.

Los revolucionarios están tendidos en un reducto muy débil. No es siquiera un Escondite. Apenas la tropa avance, los descubre.

Callan. Envuelven sus cabezas en el silencio como en una clámide y piensan . . . Pasa la ronda de los años. La lección de moral cívica que aprendieron en clase y repasaron en el hogar van a decir ahora por última vez. Varía la forma; pero el concepto permanece fijo: el pueblo está sobre el gobernante y la ley sobre el pueblo.

Después evocan a sus familiares. No son profesionales del valor inútil. Ni caudillejos que roban una urna. Ni suicidas. Son caballeros argentinos. El bisturí de un abuelo y la espada del otro, aceraron sus voluntades. Aman la vida. Entran a esa fiesta con una flor de ceibo en la solapa del frac. Sienten la música de los pianos y de la palabra. Poseen gracia criolla clarificada en nobles lecturas . . . Danzan con mujercitas rubias nuestro tango trigueño.

Muchas veces toman un vapor lujoso y se van a buscar libros y saudades a París.

LOS CÓNDORES

Fuera todo sigue quieto.

Por qué no avanzarán las tropas?

Y a las dos de la tarde empiezan a sentir un zumbido lejano.

Serán los cóndores?

Miran . . .

- "Hay viene un avión" - observa Eduardo Kennedy - "y otro".

Se entretienen contándolos. Aparece la tercer máquina. Se agranda.

Ronca. Sigue . . . Avistan la cuarta . . . Crece y pasa con su copete vibrátil y la tenue cola de humo.

En suma; siete aviones de guerra.

Ya está cerrado el aire también.

- "Cuántos!" dice Mario Kennedy. "Habrá estallado algún movimiento en el Norte?"

He ahí lo único vital para ellos: un foco más de rebelión. Dilatan el pecho.

Aspiran hondo ese olor a patria. Se van con los norteños.

Si lo soldados atacasen ahora, encontrarían tres hombres sonrientes, distraídos, que necesitan hacer un esfuerzo para volver y combatir.

Entonces las aves de hierro describen un semicírculo . . . Regresan . . .

- "No", rectifica Eduardo - Estos son para nosotros.

BOMBARDEO

En efecto: la escuadrilla ha reconocido el terreno. Cae la primer bomba. Se hunde en el monte. Estalla. Por el aire tembloroso vuelan quebrachos y voltean perezosamente entre la nube de humo y astillas.

Hay una danza de árboles rotos. El artillero tira de los piolines; los fantoches se elevan grotescos con sus brazos rígidos, erizado el ramaje.

Bajan nuevas bombas. Unas tras otra zambullen en esa laguna de follaje. Levantan columnas de tierra. Rocían hierro. Las siete aves guerreras "pican", hacen presa, clavan el "puón" acerado; vuelven a subir. Flotan vellones grises, como plumas sobre el reñidero. Truena.

A cada instante los picos se cierran. Arrancan un mechón de monte. Levantan esa tapa. Buscan a los Kennedy. No los ven. Entonces prenden antorchas. Arden los troncos. El soplo de dinamita los apaga.

Se mueve el suelo. Todo tiembla y cae. Excepto los Kennedy. Para estos varones, empieza a gotear; hay una tormenta de verano con muchos truenos.

A pocas varas del refugio, los goterones hunden "guaraninaes". Los clavan hasta la armazón. Revientan. En el embudo asoman raigambres; manos crispadas resurgen de la tierra removida; se agarran al borde. Entonces descarga el aire su carrada de leña y corta los nudillos.

El quebrachal lleva una hora de castigo. Esa selva está herida en la entraña. La sembraron de sal negra. No podrá fecundar en muchos soles. Exhibe sus muñones roídos. Troncos afilados y duros. – Índices. Lo doloroso es que pájaros y árboles son del mismo suelo. Sobre tierra Argentina cayeron las primeras bombas de la cuarta armada. Iban contra cuatro patriotas. La dictadura!

Y los Kennedy sacan una mano para saber si aún garúa.

La dinamita aventa el quebrachal. Esos terrenos pertenecen a un hermano de los rebeldes, el doctor Miguel Ángel Kennedy.

- "Qué suerte para Miguel Ángel!" – exclama Roberto – "Tendrá bastante leña picada en su cocina".

Están en un lugar casi despejado. Se los indicó el criollismo. La maniobra acusa fina sagacidad. Es fruto dulce de su dominio del ambiente. Ahora son gauchos. Para despistar al forastero aplican astucias de ñandú; anidaron en el sitio más "sonso", donde nadie les busca.

Los aviadores pasan y pasan sobre ese descampado. No lo ven, por apuntar al macizo de árboles donde clavan sus dardos. Cuando vuelan a poca altura, despeinando el pajonal, los Kennedy, muy despacio cierran el abanico de yuyos. Se cubren. Enseguida vuelven a curiosear.

Papaleo tiene los nervios rotos. Es heroico soldado; uno de los catorce vencedores de "La Paz". Tiene derecho a la admiración de sus compatriotas. Yo me descubro ante él por su valor y sus virtudes; pero está hecho de carne. Hace horas que las bombas retumban en su cabeza fatigada ya. Son martillos de hierro que caen sobre el monte en ascuas. Y hace demasiado calor. El sol de Enero castiga las frentes; introduce su cuchillo entre los párpados; fuerza a mirar. Deslumbra. Las detonaciones golpean el tímpano. Aturden. Desgastan. Rayo y trueno se juntan en el cerebro. Le asaltan por tres lados. Y ese rondar constante de la muerte . . . y el zumbido de los motores que pinchan en la piedra, perfora, penetra . . .

Un avión hace jugar su ametralladora. Abanica el llano. Se acerca. Fumiga el bosque. Inunda de plomo las cuevas. Suspendido en el aire el mangangá de encontrones en los árboles que horada con el aguijón.

Por los tubos de la ametralladora sale silbando la muerte.

- "Oí, ché Papaleo – dice en broma Roberto Kennedy – esa es la carcajada del diablo".

Quieren distraer al compañero. Aprecian su corazón amigo. Son contados los varones capaces de llegar tan a lo hondo del sacrificio. A Papaleo le flaquea la razón; no el coraje.

PAPAELO SE HA IDO

Ya han soportado tres horas de bombardeo.

Los aviones se cansan. Descienden por turno, tras el monte. Respiran. Cargan municiones y recrudece la tormenta.

Varía a cada instante el escenario. Se acelera el martilleo. Rondan los aeroplanos. Se detienen. Entonces, parece que rondara la selva, mientras sigue fijo el sol. Crece la sed. Los revolucionarios ven venir cada bomba derecho a sus frentes. Pican a corta distancia. No es esa! Baja otra, se aleja y desvía . . . tampoco ésta. Paciencia! . . .

Hay algo roto y brusco entre ese paisaje lleno de dinamita y el lago quieto del pastizal.

Los patriotas deben seguir inmóviles. Alinean a látigo los impulsos. Saben que un disparo certero les aliviaría la sed . . . y cruzan los brazos . . .

Después, se enfría el bombardeo. Los aviones "pican" y empiezan a posar tras la selva. Entonces los Kennedy advierten que Papaleo ha desaparecido. Queda su fusil entre los pastos. Presa de un ataque de locura, el desdichado amigo corrió hacia la costa y se entregó a las fuerzas de desembarco. Los marineros respetaron su vida.

Quiere atardecer cuando el último aeroplano describe un semicírculo, sube . . . Luego para el motor y de allá se viene silencioso, rozando el pajonal. Tienen la impresión de haber sido descubiertos.

Recomenzará la acción? Esperan . . .

Ningún avión vuelve a subir . . .

Entonces Mario Kennedy se sienta.

- "Para ser gratis – dice, con su calma inalterable – no ha estado del todo mal el espectáculo".

ATARDECE

Sin embargo el peligro no disminuye: crece. En la orilla del monte la columna de ataque está lista para avanzar. Ya la artillería aérea abrió el camino. A saltos sobre troncos caídos, bordeando embudos de granadas, la infantería entrará en acción. Es cuestión de segundos . . .

Hay sol aún. Tarda en declinar. Querrá ver como mueren los Kennedy.

Nada se mueve en el quebrachal lleno de muertos; los árboles caídos . . . La quietud presta audacia a los pájaros. Pasan como flechas de oro y se hunden en el follaje.

Los tres hermanos se impacientan. Ganas tienen de ir hacia sus enemigos; y, como los galantes caballeros de Francia, en dueños de casa en estancieros de "Los Algarrobos", decirles:

- A vosotros toca tirar primero soldados, sois nuestros huéspedes.

Se preguntan qué ocurriría en el otro campo. No han descubierto la posición? Estarán sorteando los treinta hombres que deben morir en vanguardia?.

Dada la extensión del pajonal y la rapidez del ataque, los Kennedy presumen disponer de tiempo para efectuar treinta disparos. Segarán la primera ola y después . .

Caen nuevas arenillas. Se hace rogar la muerte. Ya están violetas los macizos. Pero las abras no tienen sueño. La infantería aún dispone de luz para el ataque. Todo

se reduce a una carrera con obstáculos; las tenazas se cierran. Dos bayonetas se tocan. Un oficial consulta su reloj; no ha pasado un minuto.

Se alargan las sombras. Tienen sueño. El relente cuelga tules entre los ramajes.

Llegará a tiempo la noche? Brilla una esperanza. Permanecen mudos. Sin respirar. Les parece que con el aliento detienen el avance de las sombras. El cielo se va llenando de estrellas silenciosas también.

Ya es difícil que vengan los soldados. Han perdido el tiempo. Ahora tendrán que correr a ciegas, contra tres hombres que ven en la noche.

Y mientras los Capitanes enemigos resuelven mantener el sitio y esperar el día, los hermanos Kennedy deciden romper el cerco. Saltarán la línea de bayonetas. Van a poner a dura prueba carne y voluntad; a llevarse el vaso lleno de vino generoso; a salvar con tres rebeldes, la rebeldía. Tendrán que pasar junto al agua y no han de beberla. Junto a los fusiles y no han de "probarlos". En el monte les espera el cansancio. En el arroyo, la correntada. En la otra margen, el escalofrío. Darán diente con diente, hundidos en lodazales fétidos, bajo nubes de jejenes, mientras los yacarés, barro con ojos, se arrastran hacia ellos. Cada hora tendrán que encender una estrella fija: el rumbo. Y seguir esa luz. Si se opone el tembladeral pasarán por debajo. Si no quiere el macizo de espinas, pasarán por el medio. Cualquier desviación puede llevarles a la muerte. Y no deben morir. Han de caminar con el mensaje de la juventud. Han de afirmar claramente y como ejemplo, que una vez en la Argentina tres soldados de la democracia, vencieron el formidable poder de un dictador, pelearon con centurias de enemigos, rompieron el triple cerco por aire, mar y tierra y abrieron a estoicismo un camino a los nobles rebeldes del mañana.

No ignoran que les está negado el día, que en todas las calles hay patrullas; que no disponen de un "paso", una picada, un solo potrillo. Todo está contra ellos. Habrán de ir rompiendo montes, desflorando esteros, abriendo ríos de aguas desconocidas y negras.

Es mucho más fácil esperar y caer. Pero no es tan útil. Es glorioso morir por el honor. Arrastrarse en la sombra como lo hacía Mario Kennedy, desafiando las guardias, beber un trago de agua sucia, hidratar la máquina reseca y seguir adelante; eso es más glorioso.

Dar el primer paso cargando quinientos tiros, sufrir la torcedura de un pie y con cincuenta kilos al hombro, andar y andar noches y noches . . . El pié se hincha, arde, pesa. No importa! Se agranda, golpea contra todo; la inflamación quiere romper el grillete a cada paso. Caminan sobre cangrejales. Los socavones duros emboscados bajo el musgo, esperan al estoico Eduardo Kennedy, le retuercen los tendones afiebrados. Cuando la carne no puede más, el espíritu asoma, callado, empieza a cinchar y salen juntos. Eso es más glorioso!

Consumir las reservas; necesitar calor para quemarlo; no comer y no detenerse por eso. Faltar el agua, andar bajo soles implacables, recalentado el corazón y andar aún como Roberto Kennedy hasta la orilla extrema del esfuerzo y allí caer como herido por el rayo. Eso es más glorioso!

En el pajonal, frente al monte dormido, los Kennedy se reconcentran; es fácil la muerte; es dura la vida. Por eso la eligen.

Entonces Mario se incorpora.

- "Bueno – dice – ahora ya no nos agarran. Nos vamos".

ESTRATEGIA

Ocupan el centro de un rectángulo.

Al Oeste, sobre la margen del río hay tropas de marina apoyadas por lanchones artillados.

En el Norte y Este han sido reforzadas las guardias.

El enemigo presume que los Kennedy buscarán primero, las islas. Luego, si fracasan, un paso por el Norte y después, salida al Naciente. Estos deben ser sus tres primeros movimientos. Así lo aconseja el instinto. Presupuesto el ataque prepara la defensa: cierra con doble llave esos tres frentes. Sólo descuida un lado: el Sur. Los revolucionarios no pueden intentar nada por allí. Correrán a lo largo del cerco buscando sus querencias.

El Sur es su peor enemigo. Allí está "La Paz" en espera del desquite. Por sus caminos avanzan las legiones. Sus vientos traen los pájaros roncos que han herido el quebrachal. Ese frente no necesita guardianes. Se defiende solo. Es la barrera más ancha; llega desde la orilla del monte hasta Buenos Aires.

Mario Kennedy estudia el plan. Sigue el razonamiento del Comando enemigo. Presume en el Sur menos resistencia. Allí no son esperados. Pueden sorprender. Entonces, es de todo punto inteligente, abrir paso por allí. Consulta a los hermanos. Acuerdo . . .

Y Mario pasa vanguardia. Es el guía. Observador. Tranquilo por naturaleza y andariego por fina intuición de su destino, conoce el terreno palmo a palmo. Su memoria, corre como un dedo sobre el croquis oficial; la ruta prohibida. Ha de tomar el margen de los callejones, eludir las picadas, avanzar orillando huellas sin estampar las propias, establecer el rumbo en la oscuridad de una noche llena de fantasmas. Fiar al instinto, problemas que la razón no resuelve: ser "bicho": Enseguida, presentar al campero nudos que el maturrango corta y el criollo desata: ser gaucho. Más tarde, aplicando conocimientos de astronomía, encender un astro e iluminar el punto donde su zorro y su rumboador se pierden: ser docto.

No pueden avanzar por el carril que siempre ayuda a caminar. Desde la huella, las cosas presentan al viajero sus caras conocidas. Hablan, previenen, recuerdan; este árbol manda memorias la "cañadón" vecino; el vado asocia sus arrugas con las del tal barranca próxima . . .

Kennedy tiene que evitar a esos amigos. Y a la vez, debe reconcerles, con solo vislumbrar sus espaldas, el borrón de la noche. Entre su antena y estas voces conocidas, correrá siempre a una nube traslúcida. Cortina gastada que muestra la urdimbre, cerrazón . . . En esa tela de araña, la confusión espera al silencio. A la primer duda del guía, salta y le envuelve en su madeja de senderos, callejones, alambrados . . . se opera el maleficio; corre el Norte al Oeste, eucaliptus enanos rondan como gnomos. En el lugar que ocupaba tal población, ahora parece el horno panzudo que abre la boca y ríe; pues sabe que a pocos metros de los perdidos, un grupo de soldados atisba.

Se internan en el pajonal.

Alcanzan el bañado. Necesitan saciar la sed de todo un día. Fueron horneados durante diez horas y absorbieron calor de sol y de metralla, con la llama motiva ardiendo en sus espíritus.

Beben ansiosamente. Colman una damajuana.

Mario carga con el agua, su Winchester y la ruta. Detrás, camina Roberto con la bolsa de los comestibles, dos armas y un poncho.

Eduardo cierra la marcha. Soporta un maletín con quinientos proyectiles.

HACIA EL SUR

Caminan sigilosos. Crujen las pajas. El silencio amplifica ese rumor; entonces salen al sesgo en procura de alfombra más discreta . . .

No hablan. No pisan. Asientan muy despacio un pié, afirman con tiento el otro . . . son tres sombras. Parecen felinos avanzando sobre el terciopelo de las garras . . .

Cada cincuenta metros se detienen, agachan y escuchan . . . silencio. Y prosiguen; un paso, otro, apartando la cortina de sombra, conteniendo el aliento, entre una vaina opaca de rocío, sobre blados muelles de gramilla . . . se acercan a la tropa.

Termina la compañía del monte.

Crece el peligro. Los Kennedy se agachan y columbran entre manchones de arbustos, el cordón militar. Gatean . . . Ahora podrán tocar a los centinelas. Quemarse. Al tallo seco que se quiebra, al glu, glu, de la damajuana, a la atropellada del tero, sigue un – “quien vive” – y el ramalazo de los máusers.

Por esa apertura pasan a la buena de Dios. Pero con la voluntad vibrante entre los dientes y el cuerpo listo para girar en el aire y ofrecer el pecho al plomo. Pasan. Han logrado filtrarse. Nadie espera a los Kennedy que se alejan paso a paso. Sin prisa, recorren cuadras y cuadras siempre hacia el Sur.

Ya el monte dormido y los soldados despiertos quedan a retaguardia. Y ellos siguen de puntillas. Hasta que encuentran las primeras lomas.

Alto!

RUMBO AL NACIENTE

Entonces, A mil metros de las tropas, empiezan a costear por retaguardia el cordón del Este. Son peligrosos sus vecinos. Sobre este terreno oscuro hay nidales de milicias. Duermen furrieles en torno a las cenizas del vivac. Por aquí posó la bandada de aviones. Cada pié que avanza en la sombra puede golpear al centinela silenciosos e inmóvil.

Los Kennedy suben el repecho. Llevan la intuición como una antena retráctil; tocan, se detienen. Buscan el resquicio. Avanzan.

Su salvación está en el Norte: rompieron el cuadro enemigo, con la marcha al Sur. Dieron cara al oriente. Ahora avanzan hasta rebasar el ángulo N.E. Luego enfilan el Norte, costean esa guardia y se van.

Qué puede impedirlo? La luz, cualquier error del guía, un golpe de tos, el grito del chajá, la imprudencia de ellos o la prudencia de algún recluta, el chofer militar que enciende los focos a tiempo, el vecino desvelado y conservador, la nube frente a la estrella de los Kennedy, una emboscada y el incendio y las bocas de quinientos fusiles y la cola del diablo; pero nada más..

Ondula el terreno. Eduardo ve una luz intermitente. Toca el hombro a Mario. Señala la dirección del río. Habla quedo.

- “Mirá”!
- “Sí”.
- “Qué es?”
- “Una luciérnaga” – responde el guía.

Reanudan la marcha entre el pastizal y lonjas de monte.

- “Fíjate bien en la luz!” – insiste Eduardo Kennedy.
- “Qué es?” – pregunta Mario ahora.
- “El reflector del aviso de guerra”.

Temen que los tres pumas, huyendo del fuego, crucen a nado el Parancito. Ya la correntada los conoce. Las islas se han parado a esperarlo. Por eso el buque encendió sus pupilas y buscan en el agua mansa y por los foscos matorrales costeros. Ese reflector enhebra algunos cabos en los resquicios del ramaje. Se corta en la espesura; vuelve a surgir y corre su raya interminable y azulina como un bicho de luz.

Sonrien.

Le saludan irónicamente y reanudan la marcha.

ESTOICISMO

Entonces Eduardo Kennedy pisa en falso y se disloca un pié. Ni trastabilla Siquiera . Aprieta los puños y, adelante! Resuelve atribuir la violencia del dolor a esos primeros movimientos. Pesa el pié. Un cuzco muerde su tobillo; sigue con él de arrastro! Tienen mucho camino todavía, ya se gastará esa mueca dentada a fuerza de roer y roer. . .

Es grueso Eduardo, además lleva a hombros cuatro arrobas de munición. Con el vaivén de la marcha, las puntas del maletín golpean a ritmo pecho y dorso. Ese péndulo de plomo castiga sorda e incesantemente. Amorata. Machuca. Y el mismo sitio. Hiere la piel. Se comunica a los tejidos. Repercute en la cavidad del pecho. Es un latir como de pus Media hora después los nervios inflamados también empiezan a transmitir sensaciones oscuras! Eduardo Kennedy da vueltas y vueltas sin salir nunca de una portera de molinete. Los dos palos de esa cruz le pegan. Mientras la manopla agarra su hombro, se afirma, presiona y le clava el pié enfermo en todos los baches del campo.

Mario y Roberto no han advertido nada.

Para evitarles angustias, Eduardo marcha a la par de ellos, derecho y ágil.

No hablan. No fuman.

Atraviesan algunos callejones polvorientos Los cruzan caminando de espaldas. Estampan sus huellas al revés. Quien la descubra seguirá el rastro en dirección contraria a la de los fugitivos.

EN LA UÑA DEL DIABLO

Encuentran un monte: quebrachos macizos de "añapindá"- No hay senderos. El malezal, erizado de espinas curvas, rampante ocupa el peso. Desafía.

A ciegas los Kennedy cierran contra el nuevo enemigo, quien contraataca con uñas y dientes. Las garras, rasguñan los rostros. Hacen presa en las ropas. Muerden. Enganchan. No sueltan. Es preciso arrancarlas a tirones y atraer de ese modo toda la rama con veinte garfas tenaces. Solo se retiran con un jirón de piel o de tela. . .

- "Vamos a salir desnudos de aquí" – protesta Roberto.

- "La cuestión es salir; no importa como!" – responde Mario.

Mientras Eduardo alivia sus dolores con el remedio heroico de cien picaduras.

Es un verdadero combate. El "añapindá" quiere aprisionarlos. Mueve tentáculos con mil ventosas que suben, se enroscan; paralizan, desesperan.

Se les ocurre que el campo a quien domaron para sacar un amigo, como de los potros se saca, está contra ellos. Pero enseguida el optimismo sale del eclipse; es Entre Ríos, que pone a prueba el filo de sus Kennedy. Secan el sudor y la sangre. Ya deben estar en el corazón del quebrachal. Levantan a una el arriete . . . y en ese trance, Roberto murmura al oído del guía:

- "Has extraviado el rumbo, Mario. Te has venido a la boca del lobo. Esto ha de estar lleno de soldados No sientes ese molino?"

- "Es el del zarco" – agrega Roberto

Hace horas dejaron un quebrachal con "añandipá" y un molino. Anduvieron en la noche, por un silencio igual, entre un peligro igual y entre un quebrachal con "añandipá" y un molino.

Han vuelto al punto de partida?

Aquí es donde la confusión espera a Mario Kennedy. Tendió esa tela espinosa para envolverle en ella. Si mira hacia fuera está perdido; este molino resulta aquél: la bruja es quien golpea con el palo. El Naciente se corrió al Sur. Como busque su estrella, una luciérnaga se prende para desorientarle.

Pero Mario descarta los sentidos, cristales que el aliento afanoso siempre enturbia.

No sale. Entra! A la luz de su lámpara tranquila rectifica el punto y contesta:

- "El molino del zarco está a dos leguas de distancia. Además, aquél funciona bien. Tengo completa seguridad del rumbo que traigo. Estas son las puntas del quebrachal. Dentro de breves momentos llegaremos a la puerta colorada"

Soportan nuevos rasguños. Salen al campo abierto.

Y a los veinte minutos de marcha cautelosa, alcanzan la portera.

CASI FUERA DE TIRO

Ponen rumbo al Norte.

Aún queda una legua de camino pesado. Han de hacerla en el aire, de puntillas, sin rozar el silencio. Todavía costean las guardias. Hay tropas en todos los vados. Patrullan por las calles, acampan en la cruz de los caminos. Los Kennedy ven sus fogones. Hacen rodeo para no pisar las brasas. A cada instante surge un centinela. Se paran casi tocándole, a veces.

Imagino que debieron entornar los párpados para velar sus pupilas.

Siguen . . . Mario al frente, hacia su estrella de vanguardia, pucho de amigo, húmeda mirada de novia . . . Anda en el cielo mientras la intuición le resuelve los problemas de la tierra. Roberto ve en esa tenacidad la dureza india de Eduardo. Este Kennedy sigue hablando tan quedo como los otros. Camina en el aire también, aunque lleva lastre de plomo y a cada paso la pesadumbre quiere colgarse de su corazón. Hay que salir con el mensaje. Y saldrán!

No se trata de la vida. Estos varones ensangrentados, harapientos, sin descanso, sin cuartel, sin patria ya; "pero sin amo" tenían médico en casa, tierras, cuenta corriente en la banca, crédito sano en el concepto público, afectos, pasado y porvenir. Todo menos paz interior. Han salido a buscarla en la tormenta. La encontraron. Aquí el dolor no existe!

Llevan el puño chirriante, un guijarro de "La Paz" hecho ascuas, para mantener el fuego sagrado.

Se acerca el alba.

Cantan los primeros gallos.

La claridad puede sorprenderles en "descampao". Es preciso ocultarse. Pero aún tienen sombra suficiente para alcanzar el rancho de un amigo.

"AVE MARÍA"

Llaman.

El joven dueño de casa reconoce la voz.

- "Don Mario!"

Les abraza enternecido. También el rancho abre los aleros . . . Mas sería peligroso que se "ganaran" allí, los vecinos "saben" "cair" de visita . . .

Y el paisano viejo, de barbas y carácter borrascoso, refunfuña, pero abre. Acoge a los proscriptos. Sólo pide que, si son atacados, no ofrezcan resistencia.

Allí duermen los Kennedy. En sagrado. Están fuera de la ley; pero no del antiguo código entrerriano. Y ese libro gaucho manda abrir los brazos y cerrar las bocas. Nadie faltó al precepto. Están rodeados de tiradores. Saben que va la vida si ocultan a los Kennedy. No importa. El paisano se santigua y los ampara. Ninguno denunció. Por donde ellos pasaron se volvió a cerrar el silencio: Quizás no todos sabían que salvaban su propio derecho, su instinto de libertad, su orgullo de argentinos,

vieron tres criollos en desgracia y eso les bastó. A pocas varas del dormitorio corre el camino. Por esa cinta pasan sin cesar camiones cargados de tropa, autos de Oficiales, motocicletas de Ordenanzas . . . Sobre el rancho vuelan aviones.

En medio de este aparato militar, los Kennedy duermen el día siete de enero.

El mocetón entra en "Los Algarrobos", vuelve con noticias: está prohibido el tráfico de civiles . . . Hay millares de "milicos" y curiosos . . . La aviación asegura que los Kennedy murieron en el bombardeo . . .

Por la tarde la infantería entra a buscar los tres cuerpos y solo encuentran los caídos en la pelea del quebrachal.

Combatieron como tigres y se escaparon como zorros.

Mario Kennedy interrumpe su relato:

- "Esperaron veintiocho horas para decidirse a combatirnos" – me dice – "Si en el encuentro del quebrachal queda algún pobre gendarme herido, imagine usted las torturas de ese desdichado que agoniza de fiebre y sed, mientras se desangra a la vista de centenares de sus compañeros!".

Calla.

No! En tal caso, cualquiera de los Kennedy, tal vez Roberto por ser el que más sed tenía, se yergue entre la metralla, alcanza el río en tres saltos, llena su cantimplora que los marinos agujerean a bala; corre al quebrachal, levanta la cabeza del herido y con un:

- "Tome hermano", - le hace dulce la muerte.

ANTORCHAS

Con la noche reinician la marcha.

Ya el enemigo sabe que viven! Abandonan el quebrachal. Inunda los campos. Hay orden de encontrar a los Kennedy. Los busca de día y de noche. Riega con cuarenta cajones de nafta los montes del pago. Corren antorchas por los esteros.

Si el pajonal faltó al bando: que muera.

Si la selva se declara contra la dictadura, que arda hasta las raíces.

Desde las lomas tibias aún, los tres parias ven crecer el incendio: al Oeste el fuego se traga un bosque. En esa hoguera debe retorcerse el "añanpindá". Al frente, muy lejos, arden en varios puntos los pajonales del "Guayquiraró". Las llamas corren hacia el río, alcanzan el espadañal que hunde en el agua su hoja enrojecida.

Otra vez el aire se llena de chistidos. Las lechuzas invisibles siguen a los Kennedy.

Aquella piedra caída en el lago traza círculos cada vez más grandes; el de fusiles, el de dinamita, el de fuego . . . Hacen dos leguas de "raleras" y pisan el establecimiento de Roberto. Tiene al alcance de una caricia a la esposa y a los hijos. Ha llovido mucho plomo desde que los dejó. Quisiera un minuto para correr a abrazarlos. No es posible. Desfilan. Ahora Roberto Kennedy se cansa. Va cinchando de su hogar.

Un cerco. Entran en campos de Mario. Cruzan junto a la tropilla de tordillos. Parece llorar un cencerro. Relinchan los fletes.

Porqué no saltan a caballo! No es posible. Angustia verles a pié. Paso a paso. Metro a metro. Mientras el fuego corre en la brisa y los camiones vuelan a ocupar todos los caminos.

Así recorren sus estancias. Ahí queda, oxidándose en el ocio, el largo esfuerzo: medallas de campeonatos ganaderos, tractores, equipos.

¡Cuándo volverán a la querencia! Quizás algún día lejano y lluvioso. Tal vez nunca más! Van a ser forasteros, a pagar en melancolía el delito de querer la Patria vieja . . .

POR MONTES CRUDOS

Mucho Después alcanzan un molino. Sacian la sed.

Son las dos de la madrugada. En las tinieblas cantan algunos gallos.

- "Qué rancho será ese?"

- "Es La Amalia" – responde el guía.

Sabe que es el único punto del pago donde hay un criadero de orpingtons. El canto que acaba de oír es de aves de dicha raza. Distinción apreciable para un observador entendido. Cualquiera puestero podría tener un orpington, mas no muchos. Y ese era precisamente, un coro de anunciadores del día.

Es "La Amalia" en efecto, estancia del señor Florencio Crespo, casado con doña Amalia Kennedy. A pesar de ello, siguen andando. Y una legua después, se guarecen en las grandes manchas del monte. Allí pasan el día. Duermen tranquilos en esas islas quietas. . .

Habla de Dios el silencio. No cruza un alma. A nadie ven. Nada turba esa paz caliente y honda. Es el último halago del terruño . . .

Ahora marcharán por una región casi desconocida.

Atardece. Saben a qué distancia se encuentran del Paraná. Toman este río como base. Trazan una recta de Sur a Norte y así calculan la altura a que deben alcanzar el "Guayquiraró". Es preciso estar atentos a la entrada del sol. Marcar el Norte. Esperan inmóviles la salida de las primeras estrellas y, fijado el rumbo seguir la guía. Una hora después, esa "madrina" luminosa, busca su querencia del poniente. Hay que "ensillar" otra y cansarla!

Toda la noche así.

Y la cuña de carne se hunde en montes inmensos tupidos de pajonal. Tierras bajas. Pantanos en invierno; cangrejales en estío. El tránsito del vacuno durante las lluvias, labra el barro. Los soles resecan esas huellas. El moho la tapiza. Los pies resbalan y se tuercen sobre estos campos con viruelas. Las lianas y mimbres enroscan sus maneas en las rodillas. Es un chicoteo, constante, despiadado. Al unísono tira garfadas el ramaje. Y aunque todo resiste y lastima, la cuña de carne se hunde igual.

Deben conservar la línea recta. Así lo exige el rumbo. No pueden buscar sendas ni alivio. Han de embestir contra todo, siempre. Bajan la cabeza. Rompen. Pasan. En la oscuridad vislumbran ramas fuertes. Se agachan. Entonces el maletín con los proyectiles se tumba. Eduardo Kennedy vuelve a echárselo a hombros, una y diez mil veces. Se acalambra el brazo. Lo galvaniza y sigue hombreado plomo.

Llevan las armas en la diestra firma. Cada rama espinosa, o por lo menos áspera, corre por el fusil, araña la mano y al pasar roza todo el brazo. Esta irrita a otra llaga, la otra hiere. Y al ver sangre, todas se ensañan.

La cuña de carne se hunde todavía. Van sudorosos. Casi desnudos de ropa y de epidermis. Sucios. Les siguen los insectos. A cada instante, Roberto y Mario, corren su pregunta:

- "Qué tal te sientes, Eduardo, ¿soportarás la marcha?"

Eduardo Kennedy clava en el cangrejal su pié deforme. El maletín se empecina en caer. Y el dolor pugna por subir. Los mantiene a raya. Lleva tres noches de tormento. Ha crecido mucho. Toca el umbral del grito. Pero no pasará!

- "Voy bien" – responde naturalmente – "voy bien . . . adelante!"

SED

Sudan copiosamente. Se deshidratan en la atmósfera espesa del monte: sed. Pierden sangre por mil rasguños: sed. Chirrian los motores resecaos, queman tenacidad: sed. Eduardo Kennedy tiene fiebre: más sed.

Y se apoca el agua.

Roberto necesita beber a cada instante. Apenas humedece sus labios descoloridos, le retiran la damajuana. No cesa de preguntar:

- "Encontraremos un arroyo?"

- "Sí. Estamos cerca del "Tacuara" y del "Yacaré" – responden por darle ánimo, pues no ignora que los han despuntado ya.

Dos leguas después solo queda un trago en la vasija. Llevan la lengua adherida al paladar. Mas nadie bebe. Conservan esas últimas gotas para el primero que caiga. Y ninguno cae.

Advierten la proximidad de varias viviendas. Salen al claro y ven un molino. Agua! Sí; pero en torno del tanque vivaquean cuarenta soldados.

Empiezan a rondar cautelosos. Las llamas del vivac se refleja en las seis pupilas que corren por la sombra. Los Kennedy han de llenar su cántaro. Portan un mensaje. Si no beben caerán rendidos. Solo pueden caer muertos. Es la consigna.

Y se arrastran hacia el pozo. Hay demasiado silencio. Están muy cerca. Van a ser oídos. Por eso la brisa acude y juega con la coscoja del zinc. Llegan. Colman la damajuana. Y no se vuelven. Allí mismo con el arma en la diestra inmóvil, prontos a desparramar los tizones, beben hasta saciarse, mojan los pechos velludos, secan la vasija.

La llenan de nuevo. Roberto quisiera seguir tomando; se oponen y : - "Vas a caer redondo como animal pasmao" – susurran al oído del sediento.

Basta. Retroceden de espaldas, apuntando el entrecejo de los "milicos". Ya no les oyen conversar . . . después se desdibujan. Han hecho dos cuadras viento arriba y recién entonces son olfateados, por los perros.

Mas los revolucionarios ya están en el monte. Poco después, al pasar un alambrado, Roberto hace señales de alerta: cuerpo a tierra.

Desembocan varios agentes policiales. Columbran los uniformes claros . . . La patrulla desfila buscando a los Kennedy . . .

ES NOCHE ALTA

Al cabo de otra hora, se abre el telón del monte y aparece en orden de batalla un pajonal inmenso.

- "Parecen las costas del Paraná", observa Eduardo.

- No habrán extraviado el rumbo?

- "Estamos a diez leguas del río" – asegura Mario.

Ese día duermen al castigo del sol. Descansan por turno. Enero tuesta los pastos; hierve en las chicharras, enloquece. Toman agua tibia. La sed, que se detuvo en el molino, ha vuelto a darles alcance. Roberto cree aliviarla masticando juntos. Presenta síntomas de insolación.

Mario abre un pozo a cuchillo. Busca agua. Encuentra cansancio.

En la damajuana queda solo medio litro de caldo. Lo ahorran heroicamente. Necesitan todo un manantial y tienen el valor de apenas humedecer el sello de los labios. Los despegan con piel. Mojan la lengua resquebrajada. No hay ni una nube, ni un árbol.

La marmita del pajal y la tapa del sol. Arden.

Pero todavía no han llegado al fondo del tomento. La fiebre de sus bocas descompone el último trago. Ahora sí, están en la hendidura que separa el hombre de la bestia. Aquí es donde el bagual cae de rodillas para morir mordiéndolo el polvo.

Y aquí los Kennedy, se ponen de pié y salen delante empujando la reja; porque su simiente se pudre con la lluvia; germina en la sequía como todo ideal.

EL "PASO CEJAS"

Esta noche piensan llegar al río Guayquiraró. A las doce ven una "ranchada" montaraz. Ladran varios perros. Salen dos hombres con la mano en la cruz del cuchillo. Acaso se santiguan. Surge ante ellos un ser espectral, alto, desnudo casi, lleno de cuajarones. Sus barbas dan espinas. El brazo acaba en Winchester. Conserva en sus ojos el brillo de la estrella conductora.

- "Necesito agua" – dice fingiendo acento guaraní.

Le dan.

- "Voy a Corrientes" – agrega. – "Cuál es el vado más próximo?"

- "El Cejas" – informan los montaraces.

Mario vuelve a reunirse con los suyos. Lleva agua y albricias; el "Paso Cejas" se abre a pocas cuerdas de "Sarandi Corá". En esta hacienda correntina tienen un amigo.

Marchan ágiles . . . y de pronto ven los "chimangos". Intuyen la emboscada. Resuelven alejarse de "Sarandi Corá". Aciertan. La policía encarceló al mayordomo, ocupó el establecimiento y allí espera a los Kennedy. Derivan hacia el Oeste. A las dos de la mañana rodean un tributario del "Guayquiraró". Avanzan sobre tierras calientes, aventando cenizas. Son los pajonales que ellos vieron arder a la distancia y empiezan a enfriarse bajo la nota gris.

En algunos sitios el incendio respira aún. El diablo sopla los troncos. Miles de "corales" asoman sus cabezas. Se apagan. Las enciende otra brisa.

Por aquí pasó el caballo del Huno. Han quedado cobras, rescoldos, algo implacable escrito en las cenizas. Luego los Kennedy vuelven a tomar el Norte.

Y empieza su lucha con la madre gaucha. Entre Ríos, ve que se van sus cachorros. No quiere perderlos. Ya pisan el límite de la provincia. Escalona riachos y anegadizos. El guía se confunde. Marcha al Sur. La tierra corre y tiende la misma alfombra rota. Tropiezan.

- "Estamos dando vueltas como en un corral" – advierte Roberto.

Mario nervioso, se echa a caminar de prisa, Eduardo no puede seguirlo . . .

- "Esta noche sin falta debemos pisar Corrientes" – dice el guía – allí descansaremos"

Hay que forzar la marcha. Están en descampado . . . Y se acerca la luz! . . . Miran con odio el lugar raso a fuego. Cualquier arisco tiene derecho a un mogote; poncho, hueco de ala, piedad de árbol. Los Kennedy, custodios de la altivez racial, llegan en carne viva, enfermos, a puro corazón y no encuentran albergue . . .

Qué puede hacer la madre! Aquí los esperaba con las camas tendidas en el seguro del pajonal. Del Sur vinieron soldados llenos de hierro y nafta, y lo quemaron todo. Qué puede hacer la pobre!

GUAYQUIRARO

- "Debemos Salir adelante en la única forma siempre eficaz: derecho al Norte y pasando por encima de todo". Esto dice Mario Kennedy y sale el primero. En vano cierran su guardia los pajales y abre la ciénaga su ventosa. Pasan por el medio. Chapotean. Desafilan espadañas. Arrancan de cuajo cada pié.

En esto el guía oye un silbido. Se vuelve: Eduardo está en el suelo. Bramando a Escondidas, en retaguardia, ese cacique llegó hasta el último paso. Todavía estuvo algunos instantes de pié. Aserrado en la base, oscilaba . . . y se desplomó. Los tres

callan. Eduardo Kennedy no precisa asidero, ni alivio. Ha de levantarse solo. Y minutos después se yergue y allá va abriendo calle a la par de los hermanos, en carrera con el alba.

El monte aumenta sin cesar sus columnas. Del macizo tropical trae bosques cada vez más cerrados. En la margen del río los espera tras alambrados de púas. Vencen al mogote y forma cuadro el batallón de quebrachos: lo rompen y dan contra la pared elástica del Guayquiraró. Igual que en "La Paz". Ellos retroceden. Topan el muro. Abren brecha. Alcanzan la orilla. Mario da un paso y se hunde hasta el pecho en un tembladeral.

- "Salí de ahí" – gritó Roberto – "eso ha de estar cuajado de yacarés!"

Mario tranquilo siempre sale con ganga de cieno.

- "Eduardo – dice, - no podría pasar por ahí".

Vuelven a costear el monte. Hacen otra mella y triunfan: a sus pies corre el casto "Guayquiraró".

Amanece.

Los anestesia el canto de la luz y los pájaros.

Siente chapotear . . golpes como de remos. . . Será alguna chalana que vigila el río? No; son coletazos de dorados!

Aquí y allá fosforean pupilas: se bañan las últimas estrellas?. No: son yacarés. Hay muchos. Llenos de pústulas seca. Escalofriantes. Mandíbulas, ojos y voracidad. Se aplastan en la orilla. Ensucian el barro. Siguen a los tres hombres con mirada estúpida y feroz. Los Kennedy, erizados de asco, se desnudan lo mismo. Entonces los yacarés resbalan y se zambullen. Los Kennedy zambullen también!. Nadan. Accionan con una mano. En la otra sostienen las armas. Entre los dientes el ascua que no se apagará. . . Han cruzado el Paranacito furioso. No temen al Guayquiraró, ni sus guardianes. Están mancos y son calmosos. Si huyeran, flotarían manchones de sangre en el río. Pero nadan lentamente . . .

- "Qué sintieron?" interrumpió

- "Que no podían atacarnos" – responden

Alcanzan la otra margen. CORRIENTES!

"E CADE COME CORPO MORTO CADE"

Duermen.

Cuando despiertan se les une el hambre. Carecen de vituallas. Deciden quitarlas a la primer patrulla.

Eduardo tiene un amigo en las cercanías. Llamarán a esa puerta. Al atardecer Mario sube a un árbol y avista a la población. Cuando oscurece, caminan, caminan . . . Se cruza un arroyo. Nadan. Están hambrientos y los pajonales aprovechan. Dos horas después han hecho poco y se cansaron mucho. Es casi imposible avanzar. Ven las luces de la casa, se agarran a ese hilo y suben la cuesta. Desfallecen. Lo sabe otro arroyo, corta el sostén y se clava delante. Ellos vadean a nado. Trepan pesadamente con la ayuda de los sarandíes. No tenían bastante peso y cargan cieno. Están mojados. Las ropas se adhieren a las rodillas tercas. Bajo el escafandro de cieno bucean el tembladeral. Se inclinan y entran "en el vacío del aire como en cosa de bronce".

Necesitan rehacerse. Un día de sueño no basta.

Han roto campo desde "La Paz", con tal esfuerzo, que por esa huella podría correr un arroyo.

Por fin la casa deja de retirarse. Vacilan. Ondeán en el viento. Si los Kennedy, tuviesen derecho a cejar, caerían aquí mismo!

Están en el fondo de una caverna formada por la corona del pajonal y la pared de maleza. Se han quitado un instante la armadura. Dormitan.

Y aquí, Roberto, mudo, se pone de pié, crece y rueda sobre el polvo. En medio de la cueva lóbrega y callada, ese hermano que pisa el vacío. Ese Roberto Kennedy, tan duro, tan hombre!

Angustia. Poco después reacciona.

Mario espera el alba. Oculta el revólver bajo los harapos, echa una bolsa al hombro y sale a buscar alimentos. Alcanza la vivienda. Y se enreda en la capa de la intrusa! Allí pernocta una patrulla. Son diez soldados. Algunos empiezan a levantarse para seguir en busca de los Kennedy. Mario pasa entre ellos. Da los "buenos días". Es "uno" de la casa. Lerdo el paso entra en las habitaciones. Tropezaba con la señora. Se da a conocer y expone suavemente la razón de su visita.

Luego sale por otra puerta con la bolsa, ajeno al asunto de los soldados con los famosos Kennedy y se va . . .

Pero al pisar el monte da el alerta. Cargan los winchesters. Vigilan. A las once de la mañana, la patrulla se pone en movimiento. El choque, parece inevitable. Ellos se quitan el guante roto. Están frente a frente . . . Amartillan . . . y levantan las armas porque el enemigo sigue de largo. Va a dar agua a sus monturas.

A poco llega el amigo de Eduardo. Trae alimentos, desinfectantes y sombras.

CORRIENTES CAMPAMENTO MILITAR

Es imposible pasar. Tropas y policías ocupan todo: calles y atajos; entran en las casas, vigilan al dueño y al abrigo de los muros, tienden a los tres revolucionarios, la celada de la hospitalidad. Adivinan su sed y apoyan fusiles en cada cisterna. Saben que el monte viene con ellos desde Entre Ríos, que fian en el áspero compañero de viaje; y se emboscan en la maleza.

Es la orden del dictador: cazarlos en el cepo del agua, del hambre, del sueño. Esos rebeldes huyen con la caja de los vientos. Hay que impedirlo. Resulta peligroso para quien duerme entre pólvora, con la mecha encendida.

Bien! Los Kennedy se preparan. Reponen sangre que los mosquitos buscan sin descanso. Hay nubes de gegendes. Dificultan la respiración. Alejan el sueño. Pasan cinco días en ese lugar.

Sube la marea. El amigo teme ser vigilado. Es prudente seguir la marcha. Y el 16 de enero, por la noche, inician la etapa más difícil y más hermosa. La dictadura tiene servidores. Los Kennedy, compañeros. Entre la selva, noche a noche, chocan el pueblo y las corazas. Derechos contra prebendas. Lucha sorda en lo obscuro; pero chispeante de astucia.

El gobierno manda en Corrientes; no en las virtudes correntinas. Ordena ocupar tal vado. Ya lo sabe un leal; recoge a los Kennedy en su automóvil silencioso, a media luz, toma caminos apartados, traga catorce leguas y los deja en otro monte.

Viene el día! Tres abrazo y parten.

UNA KENNEDY

Están refugiados cerca de la estancia "El Salvador" perteneciente al Señor Sebastián Etchevehere. Su señora esposa Doña Amparo es hermana de los Kennedy.

En el punto convenido advierten la señal de una linterna. Se aproximan. Es Amparo. Llegan con ella, desde el fondo de Entre Ríos, emociones que agrandan el corazón.

Ella sonríe con orgullo.

- "Ustedes deben venir muy buenos mozos – le dice – y con algún apetito. Aquí tienen alimentos. El dictador los quiere vivos y yo debo de cuidarlos".

Es joven. Bella. Viste de blando. Trae después de tantas horas oscuras, una sonrisa clara. Al advertir su orgullo y su voz suave, ellos tienen algo de niños perdidos que encuentran un hada en el monte. La brisa juega con sus tules como con las hojas de un libro de cuentos. . . Después acompañada de sus dos perros blancos la dama vuelve a entrar en la noche tormentosa.

El refugio es tranquilo, con su paz grave de árboles viejos.

Al otro día, Amparo vuelve. Lleva periódicos. Comunica nuevas inquietantes entre protestas contra la dictadura y la maraña que destroza sus medias. Se siente protectora de tres pumas. Y a la mañana siguiente, cuando se disponía a salir para el monte, llega a la estancia el Comisario del Sauce. Han sabido que los Kennedy se encuentran en las cercanías.

- "Sí – responde la dama, señalando el refugio – están allí. Y yo les protejo. Y usted no va a tomarlos"
- "Tengo catorce hombres, Señora"
- "No alcanza. Vaya pida refuerzos, aviones, ametralladoras y vuelva".

Así respondió Amparo Kennedy. Es hermana de aquellas otras altivas Señoras que cuando el bombardeo del quebrachal, desde una azotea de "Los Algarrobos", sacaban fotografías de los aviones en acción, para dejar a los hijos un documento gráfico de cómo eran los hombres y las mujeres de esa raza.

Por la noche, la señora llega con un plano. Y se despide con una bendición.

LA CARRERA AL URUGUAY

Todos los días la prensa oficial distribuye entre el pueblo "prontuarios" de los Kennedy. Resultan tres gauchos que turban el sueño de la opinión, sacan a la grupa de sus redomones "la flor del pago" y huyen con ella por el bosque. Han cometido crimen de lesa patria. Así el peso no podrá valorizarse. Es deber de todo buen ciudadano cooperar a la extinción del fuego.

Son campanas rotas. El pueblo no oye este "rebato". Está con la oreja en tierra esperando el paso silencioso de los Kennedy para jugarse con ellos. Como el correo inca, el mensaje pasa de mano en mano. Los correntinos se queman por salvarles. Con sus guantes blancos los sostuvo una joven matrona argentina. Desgarrando sus encajes en las zarzas, junto a lo tres pumas custodios, corrió hasta dejarlos en poder de otro varón. Este cumple con su deber. Los Kennedy avanzan agazapados entre "raleras". Los autos y camiones militares pasan velozmente. Levantan polvo. Entre esas nubes los revolucionarios cruzan el camino y vuelven a gatear.

Desde su rancho, el puestero insomne, piensa: "deben salvarse". Es alta la noche. La peonada despierta mira el fogón y afirma: "deben salvarse". Para eso rezan las mujeres. En su alcoba el ciudadano estruja con rabia los periódicos. Apaga la luz. Se propone dormir y no lo consigue; pues a cada instante evoca a los Kennedy y murmura: "deben salvarse". En la metrópoli el estudiante locuaz se cruza con el primer obrero cejijunto y ambos gritan: "deben salvarse". De cada voluntad digna, en toda la nación, en América toda, sale un rayo, forma un haz, converge hacia los montes correntinos y es algo casi maternal que ahora empuja a los Kennedy. Ellos van descalzos, en los huesos, desnudos de ropa y carne, envueltos en la ternura nacional.

Pero si es necesario fuera, cruzarían sobre el pecho la enemistad del país y la llevarían de arrastro. Ahora mismo están cercados. Encuentran un cazador. Los reconoce. Ese gaucho les lleva por senderos de cabras. Y burlan otra vez al dictador. Tampoco aquí hay traiciones. Si un niño ve pasar a esas tres sombras, traza en sus labios la señal de la cruz. Han acampado entre dos arroyos. El enemigo acosa. Ven el desfile constante . . . Lluve. El tiempo corre su cortina deshilachada. Se hunden en el cieno. El frío sube. Los mosquitos bajan. Los centinelas continúan firmes.

Habrá llegado la hora de morir? Todavía no. Apenas anochece un caballero amigo, cruza a nado el arroyo. Trae al purgatorio su cultura, el pecho mojado y tibio. Ese demócrata está trabajando para llevarse a los Kennedy en su auto poderoso. Burlar n las guardias. Solo les pide paciencia.

Otro atardecer lleva a su hijita, para que mire largamente a esos tres hombres y no olvide sus caras nunca más . . . La niña tiene diez años. Lleva un traje celeste y un sombrero blanco. Ondeada ante ellos como una bandera candorosa.

CHISPAS EN LOS OBRAJES

Ya solo faltan cincuenta leguas . . .

Los telégrafos militares funcionan sin interrupción. Reiteran  rdenes. Mueven soldados. El horizonte vuelve a cerrarse. No hay tregua. Se ci ne el dogal, asfixia y enardece a la vez.

En este momento una guardia numerosa hace campamento a pocas cuerdas de los Kennedy; veda al poniente. A igual distancia otra partida ocupa el Norte. Sólo esperan refuerzos para dar una batida a fondo.

Y las reservas avanzan. Los ojeadores hunden sus bayonetas en el macizo. Braman los tres pumas . . . Basta! El trabajador de los obrajes donde se refugió el romanticismo, la brava gente correntina, se enoja ya! Sale a buscar armas. Quiere morir al lado de los Kennedy.

Que vengan! En buena hora para caer peleando. Tres nietos de patricios al frente de un centenar de obreros borrosos. Todos forajidos, duros como sus hachas, negros de carbón. Son un alto relieve. Necesitan; primero, una descarga. Luego, un Rude.

Aquí los Kennedy soportan la última prueba: el sacrificio del orgullo.

Son acosados, arrastran leales. América los mira. Están hartos de persecuciones. No quieren seguir huyendo. Ya se les acaba el terruño. Qué esperan?

Tienen derecho a su valentía, al zarpazo racial, al orgullo de patria, a la fiereza del nombre. Son varones y son entrerrianos . . .

Desean caer . . . y no pueden. Han de seguir huyendo sin amores, sin tierra, sin pasado. Los Kennedy no existen. Se han desvanecido en la luz de la custodia que llevan. Pero en cambio, cuando la entreguen a la juventud, van a encontrar que son algo de bronce.

Y se doman . . . Solo quisieran como gracia, avanzar a prisa para acortar esa tentación irresistible de morir en la patria. El genio accede.

El amigo vuelve con su auto poderoso. Tras otro coche explorador, los Kennedy vuelan a cien kilómetros. Devoran cuarenta leguas. Llega la aurora. Se abre un hogar.  ltimo techo Argentino. Duermen. Reinician la marcha vertiginosa. Frenan junto a un arroyo, donde los espera otro leal con caballos. Saltan en "pelos". Atropellan, melenas y crines al viento. El camino redobla en su parche al paso de estos tres caballeros asc ticos y altivos. Después el río Uruguay los acuna.

Y hasta la mitad de la corriente, hasta donde podía estirar la mano temblorosa de emoción, salió a esperarlos mi patria.